DESDE 10 AÑOS

El secreto de la cueva negra

PePe Pelayo / Betán

Ilustraciones de Alex Pelayo

Cada año, cuando se acerca la famosa Competencia Internacional de Velocidad de Aves, los habitantes de Montebello, ciudad sede de este evento deportivo, se preparan con esmero. Sin embargo, en esta ocasión algo anda mal, una tenebrosa sombra amenaza a criadores, preparadores y espectadores... Pato y Canarito se proponen investigar para que nada logre empañar el éxito de la popular carrera.

www.pepepelayo.com

ALFAGUARA INFANTIL

El secreto de la cueva negra · PePe Pelayo / Betán

ALFAGUARA INFANTIL

El secreto de la cueva negra

PePe Pelayo / Betán

Ilustraciones de Alex Pelayo



Una ciudad de bastante importancia

Vio la entrada de la cueva sólo por la débil claridad de la luna, la cual pudo momentáneamente liberarse de los nubarrones oscuros. Se acercó. No deseaba continuar, pero una fuerza irresistible lo atraía hacia dentro. La humedad hacía difícil la respiración. Un relámpago iluminó un poco el interior de la caverna, pudiendo observar esparcidas estalactitas y sus sombras. Siguió avanzando en penumbras hasta que la oscuridad absoluta fue invadiendo el entorno. Volvió a sentir las ganas de regresar, pero fue inútil. Aquella fuerza invisible lo arrastraba. Cuando sus ojos se adaptaron a la falta de luz, comenzó a notar dos diminutos puntos amarillentos a lo lejos. Fue acercándose hacia ellos. De repente, se dio cuenta de que eran un par de ojos que reflejaban una mirada diabólica, espeluznante. Pero no podía detenerse. Ya sin control, se dirigió vertiginosamente hacia aquellos ojos.

Percibió entonces cómo algo peludo pero áspero lo abrazaba. Sintió un agudo dolor en el cuello. Le costaba respirar y a cada instante perdía más sus fuerzas. Su mente se fue turbando y ya ni siquiera quería huir. Sólo ansiaba que aquello terminase. Pero antes de desfallecer pudo darse cuenta de su situación: su cuerpo se quedaba sin sangre. Sintió que era el fin.

De pronto, abrió los ojos terriblemente asustado y le costó comprender que había tenido una vez más aquella horripilante pesadilla. Su experiencia le indicaba que no era casualidad que se repitiera tantas veces el mismo sueño. Miró a ambos lados y no encontró nada extraño en la gruesa rama donde dormía. Estiró sus alas y tuvo que bostezar.

Dirigió su vista hacia la cabaña y por la ventana pudo contemplar a La Urraca almorzando. «Debo recordar contarle mi pesadilla», se dijo. Entonces, decidió seguir durmiendo para tratar de descansar y ver si ahora lograba disfrutar de su sueño favorito, donde se veía a sí mismo de general de un ejército.

Volvió a cerrar los ojos, rezando para no sufrir de nuevo el maldito sueño. Sueño, según él, que vaticinaba una horrible tragedia en Montebello.

Aunque enclavada en un entorno rural, entre cerros cruzados por cristalinas corrientes de agua dulce, exuberante vegetación y escasa fauna —a excepción de todo tipo de aves—, Montebello era una ciudad de bastante importancia, dado el número de sus habitantes, así como por su producción de aves de corral, huevos y vino de alpiste.

De su ubicación, al pie de uno de los más hermosos montes, le venía el nombre, aunque también esta población pudiera haberse nombrado «Quesogruyere», porque los cerros que la circundaban estaban horadados por infinidad de cuevas de mayor o menor tamaño, semejantes a ese tipo de queso con hoyitos. Pero lo que más distinguía y por lo que era conocida Montebello en todo el país, e incluso internacionalmente, era porque en esta ciudad se habían creado unas competencias deportivas con la participación de aves de distintas especies, que poco a poco fueron ganando en popularidad, hasta convertirse en una práctica que se extendió a otras localidades y, con el tiempo, salió de sus fronteras para comenzar a practicarse en numerosos países.

Tanta fama ganaron las competencias de velocidad de aves en todo el mundo, que

hasta se fundó la Federación Internacional de esta especialidad, cuya sede y presidencia recayó, lógicamente, en Montebello. Ahí se celebraba, además, el congreso ordinario de la organización y la Competencia Internacional de Velocidad de Aves.

Precisamente, Montebello y sus ciudadanos se encontraban ahora inmersos en los preparativos para la competencia previa y clasificatoria, de la que se elegiría un representante para el gran certamen internacional. En ella todos tomaban parte, puesto que los que no competían apoyaban a sus favoritos y participaban en las jornadas festivas alrededor del evento.

En esta ocasión, nuevamente entre los favoritos para ganar esta edición de la Competencia Nacional, y con ello el derecho de representar a Montebello en el encuentro internacional, estaba el señor Javier Águila, un experimentado criador y entrenador. Había obtenido la Copa Alas Veloces en los dos últimos torneos celebrados, donde su halcón peregrino nombrado Centella no tuvo rivales. Y como este año era éste el ave inscrita por Águila para la competencia que habría de celebrarse en breve, muchos lo daban como el aspirante de más fuerza para llevarse todos los premios.

El señor Águila vivía solo con su hija Cata, quien no era bonita, pero sí muy simpática. Esa cualidad, unida a que era la hija del famoso ganador y dueña también de Centella, la hacía ser el centro de atención de casi todos sus compañeros de colegio.

Para el exitoso entrenador, los últimos ajustes en la preparación de su halcón transcurrían con toda normalidad, cuando recibió la inesperada visita de dos individuos vestidos de gris, con sombreros del mismo color calados hasta las tupidas cejas, caras largas y huesudas, narices semejantes a picos de ave carroñera y ojillos penetrantes. Al verlos, uno estaba obligado a pensar en dos lechuzas. Uno muy alto y otro de baja estatura.

—Ustedes dirán en qué puedo servirles —se ofreció Águila muy educadamente, a pesar de que no le gustó ni un poco el aspecto de aquellos visitantes.

—¿Usted es el dueño del halcón peregrino inscrito para la competencia? —preguntó el individuo más bajo.

—Sí, soy yo.

—Le queremos hacer una propuesta —dijo el otro sin más preámbulo.

—¡Cállate estúpido! —lo cortó el pequeño, dando un ridículo salto para poder

propinarle una fuerte bofetada— ¡Eso lo tenía que decir yo!

—¡Está bien! ¡Pero no tenías que pegarme!

—¿Ah, no? ¿Y cómo quieres tú que...?

—¿Qué propuesta es esa? —sonrió el papá de Cata al interrumpir la discusión de los dos hombres.

—Ofrecerle dinero —dijo el bajito.

—¿Dinero? ¿A mí? ¿Para qué? —se sorprendió Águila.



—Para que no se ptesente en la competencia —respondió el alto y sacó un abultado sobre de su bolsillo.

—¡Eso también lo tenía que decir yo! —saltó de nuevo el pequeñín, pegándole al espigado una cachetada con cada mano—. ¡Tú sólo sacabas el dinero!

—¡Yo creo que no, pero no te voy a discutir! Sin embargo, no tenías que golpearme.

—¡Y cómo quieres...!

—¡Oigan! ¡Oigan! —el entrenador arrugó el entrecejo y miró inquisitivamente a los personajes que tenía enfrente, pues no podía dar crédito a la propuesta que acababan de hacerle.

—¿Ustedes están bromeando, verdad?

El más bajito de los individuos dio un paso adelante y dijo en tono gélido:

—Estamos hablando muy en serio, señor, y le aconsejo que acepte ese sobre que le ofrece mi hermano gemelo.

—¡Fuera de mi casa! —fue la reacción de Águila.

—Piénselo mejor, señor, porque puede lamentarlo —amenazó el pequeño sujeto y estiró su brazo para señalar el sobre que sostenía el otro—. Tome usted...

—¡Fuera de mi casa! —repitió el papá de Cata con los dientes apretados y en tono que no admitía réplicas.

—¡Ya nos vamos, señor Águila —amenazó el hombre bajito— pero tenga la seguridad de que se arrepentirá de no haber aceptado nuestra oferta!

—¡Ya nos veremos las caras! —gritó el larguirucho—. Muy pronto...

—¡Cállate, animal! —volvió a cortarlo su hermano abofeteándolo varias veces, por lo que tuvo que brincar seguido—. ¡Eso no lo teníamos que decir!

—¡Pero no tenías...!

—¡Es lo menos que...!

Y discutiendo desaparecieron tan inesperadamente como habían llegado.

Águila se quedó unos minutos pensando en lo ocurrido, pero como su mente debía estar concentrada en la preparación final de Centella para la competencia, llegó a la conclusión de que aquellos sujetos no eran más que un par de locos y no le dio más importancia al asunto.

Fue un error de su parte, que ya habría de lamentar días más tarde.

Con un chasquido de dedos

Todo comenzó muy temprano en el salón de entrada al colegio. Faltaba muy poco tiempo para la fiesta más importante de la ciudad y todos estaban impregnados del entusiasmo que siempre provocaba este acontecimiento entre los ciudadanos.

Un niño se destacó entre los demás cuando llegó al colegio saltando en un solo pie y silbando como siempre. Pato, al verlo, lo llamó:

—¡Canarito! ¡Canarito!

—¡Hey! ¡Pato «Cara de Gato»! —le respondió su amigo.

A Pato le dio mucha risa ese nuevo apodo y, mientras se acercaba Canarito, miró a su alrededor. De repente, cerró los ojos, apretó los labios, aguantó la respiración, hizo un chasquido con los dedos de ambas manos y... ¡Prácata! Todos los alumnos, padres y profesores que estaban allí se paralizaron y

quedaron como maniquíes, en las mismas posiciones. Una mamá que estaba agachada, abotonando la camisa de su hijito, dos chiquillos forcejeando por una pelota, una niña en el aire porque había saltado de un banco, un padre disimulando detrás de una columna con un dedo metido en su nariz, una maestra agarrando con una mano la oreja de un estudiante y con la otra saludando amablemente a una colega.

Ambos niños se hubieran reído con todo aquello de no ser por el susto.

—¿Y esto? —preguntó Canarito—. No entiendo. ¿Por qué se quedaron así?

—No sé. Creo que lo hice yo.

—¡Increíble! ¿Cómo lo lograste? —quiso saber su amigo.

—No sé muy bien. Hice así...

El Pato volvió a cerrar los ojos, a apretar los labios, a aguantar la respiración, a chasquear los dedos y... ¡Prácata! ¡No pasó absolutamente nada! La gente seguía quieta, inmóvil.

—¿Cómo hiciste? —lo imitó Canarito—. ¿Así...?

Y el niño hizo las mismas acciones de su amigo: cerró los ojos, separó los labios, pero al darse cuenta de que no era así, rectificó

enseguida y los apretó como realmente debía ser; aguantó la respiración, chasqueó los dedos y... ¡Prácata! ¡Todo el mundo otra vez a la normalidad! Cada uno en lo suyo, como si no hubiera sucedido nada.

—¡Vamos a hacerlo otra vez! —se entusiasmó Canarito, repitiendo el proceso.

Pero con él, no funcionó. La gente continuaba moviéndose como es usual.

El Pato entonces realizó de nuevo la misma operación y... ¡Prácata! ¡Todos inmovilizados una vez más!

—¡No lo puedo creer! ¡Tú los paras y yo los muevo! —repetía Canarito, sin dejar de silbar como era su costumbre, mientras tocaba a la gente comprobando su paralización.

—¡Somos únicos! —dijo Pato orgulloso.

—¡Poderosos! —le secundó su amigo.

—Por eso debemos guardar bien el secreto. No se lo podemos decir a nadie. ¿De acuerdo, Canarito?

—¡Claro, Pato! Ni una palabra a nadie. Te lo prometo. Para eso somos amigos... ¿Amigos?

—¡Amigos! —gritó Pato y ambos chocaron sus palmas de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba, toparon sus puños

cerrados, como el saludo de los boxeadores cuando van a comenzar la pelea, y terminaron con sus manos derechas bien apretadas, golpeándose el pecho de cada uno.

Canarito se emocionó. ¡Estaba tan feliz de tenerlo como su mejor amigo!

Recordó las veces que Pato le regalaba o prestaba sus cartas magic, su patineta, ¡y la vez que lo ayudó a salir cuando se cayó en aquella zanja! de donde nadie se atrevía a sacarlo por lo hedionda que era.

Frente a él, Pato no se quedaba atrás y, emocionado también, recordaba cómo Canarito siempre le demostraba su amistad. ¡Cuántas tareas le había ayudado a hacer! ¡Y cuántas veces compartía su merienda! ¡Con lo difícil que era para ese glotón hacer algo así!

—Oye, Canarito, es mejor poner a la gente en movimiento y entrar a clases, ¿no te parece?

—Sí, es verdad —le respondió su amigo—. Pero, ¿y si antes hacemos esto...?

Canarito fue a pararse delante del inspector y comenzó a hacerle muecas, gestos y todo tipo de burlas. Este era un inspector sustituto, porque el verdadero había desaparecido dos días atrás, corriéndose el rumor de que tuvo que viajar urgentemente al extranjero. Manuel Gallo, el inspector sustituto, era una persona bonachona, amable y cariñosa, que caía muy bien a los alumnos; al contrario, el señor Albatros les provocaba miedo por lo gruñón, severo e intransigente. Pero, de todas formas, tener a un inspector así, inofensivo, delante de uno, era demasiada tentación.

Pasado un rato de diversión, Canarito cerró los ojos, apretó los labios, aguantó la respiración, chasqueó los dedos y... ¡Prácata! La gente continuó con sus acciones y quehaceres.

En la clase todo transcurrió como de costumbre. Esteban Cresta, el pesado Cuatro Ojos, como le decían, en la primera fila con sus gruesos anteojos, ansioso de que la maestra preguntara algo para levantar enseguida la mano y así demostrar que estudiaba más que nadie. Hortensia La Gaviota, leyendo a escondidas sus revistas de actores y cantantes; Hipólito Pico Verde y Estela Pata de Gallina, pasándose papelitos de enamorados. El resto, atendiendo la explicación de la maestra. Bueno, no todos. Canarito se entretenía en tirar de la trenza a Ester Buche de Plomo. Como Pato se sentaba a su lado, intentó varias veces detenerlo, pero era imposible. Temía la reacción de la acusona de Buche de Plomo. Y no

se equivocó:

—¡Maestra! ¡Canarito me molesta demasiado! ¡Y yo no tengo que soportar eso porque...!

—¡Ya, está bien, Ester! —la cortó la maestra con voz severa, y señalando a Canarito—:A ti, la próxima vez, te voy a llevar donde el inspector.

La maestra dio media vuelta y comenzó a escribir en el pizarrón. Quizás por el nerviosismo, a Canarito se le cayó el lápiz y, al recogerlo, movió sin querer la mesa, que apretó la trenza contra el espaldar de la silla de Buche de Plomo. Cuando la niña movió su cabeza sintió el tirón.

—¡Maestra! ¡Me la tiró otra vez!

En ese momento, Pato recordó su poder y... ¡Prácata! ¡La clase se paralizó!

—¡Me metí en un lío! —le dijo Canarito asustado.

—¿Qué lío de qué? Sólo mueve el asiento para atrás y se zafa la trenza —dijo su amigo.

—¡Eso no es lío! ¡Me van a llevar donde el inspector Gallo!

Bueno, cualquiera se asustaría. Por menos que eso el antiguo inspector, el señor Albatros, les arrancaba a los alumnos uno a

uno los pelitos de atrás de la oreja. Y no había para qué arriesgarse con éste, a pesar de su apariencia de buena persona.

—¡Cálmate! ¿Y si yo me echo la culpa? —le propuso Pato—. ¡A mí la maestra no me va a castigar, porque yo soy su mejor alumno en matemáticas!

—Bueno, si tú estás seguro de eso... Está bien —aprobó Canarito—. Entonces voy a ponerlos en actividad.

—¡Dale!

—No, espérate. Se me ocurre una idea. ¿No te dan ganas de hacer algo divertido antes, como en la entrada?

—Puede ser... Tienes razón. ¡Vamos a divertirnos!

Dicho y hecho, Canarito se subió encima de la mesa de la maestra y comenzó a cantar y a bailar. Pato lo acompañó unos instantes y después comenzó a intercambiar los cuadernos de las mochilas de sus compañeros.

Canarito terminó su actuación y se le ocurrió otra idea al ver que en el pizarrón, explicando una tarea, la maestra había escrito «MIRAR AL CUADRO ROJO». Entonces, sustituyó la letra **d** por la **t** en la palabra cuadro y borró la **r** de rojo. Por tanto, la frase quedó así: «MIRAR AL CUATRO OJO». Acto

seguido, fue hasta donde estaba el pesado de Esteban Cresta, que se había inmovilizado con su típica carita de yo no fui, y le colocó en la cabeza una cresta hecha con cartulina roja bien ridícula. Los dos amigos lloraban de la risa con lo que hacían. Fueron de esos momentos para recordar toda la vida.

Cuando se cansaron, se dirigieron a sus asientos. Canarito actuó del mismo modo hasta llegar al ¡Prácata!, y la clase cobró vida de nuevo, en el instante en que Buche de Plomo había delatado a Canarito por segunda vez.

La maestra se puso furiosa, pero se turbó al escuchar las carcajadas de los alumnos, que habían leído la frase en el pizarrón y visto a Esteban con su ridícula cresta. Le costó trabajo controlar la situación. Ya relajados, Pato aprovechó para echarse la culpa del tirón de trenzas y, como lo previeron, fue perdonado después de un largo regaño.

Sin dudas, aquel era un día memorable. En el recreo jugaron a las escondidas y los dos amigos jamás perdieron. Cuando estaban a punto de encontrarlos, inmovilizaban a todos y se cambiaban de escondite. ¡Qué manera de gozar! También les sacaban las camisas por fuera del pantalón a sus compañeros

cuando estaban quietos, les tiznaban las caras, les atrasaban sus relojes y otras bromas que inventaron. Por último, Canarito aprovechó una de las veces en que Cata —la hija de Águila, el famoso entrenador de aves— estaba paralizada y le dio un beso en los labios. Nunca lo había reconocido, pero a él le gustaba mucho aquella niña, algo fea, sí, pero agradable y graciosa. Eso fue lo único que a Pato no le gustó de las travesuras de su amigo, porque, aunque lo ocultaba, también se sentía atraído por la misma niña. Sin embargo, ninguno de los dos comentó el incidente.

De vuelta a clases, no pasó nada especial, salvo casi al terminar la jornada, cuando entró el inspector Gallo para informar que la alumna Cata tenía que presentarse al final de clases en su oficina.

En general, fue un día fabuloso. Bueno, hasta la salida del colegio, donde Canarito y Pato, reunidos con varios amigos, recordaban las anécdotas de la jornada.

—¿Quién le puso eso en la cabeza a Cuatro Ojos? —preguntó Hipólito Pico Verde.

—No sé —respondió Mario Pechuga de Pollo—. Pero fue muy cómico.

—¡Qué bueno el juego de las escondidas

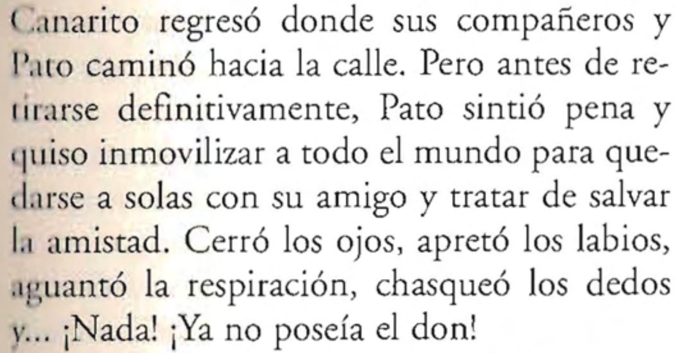
en el recreo! —comentó Ricardito Poca Pluma.

—Ja, ja —se rió Canarito—. Me acuerdo cuando Pato paralizó a la gente y nos escondimos en...

—¡Cállate, tonto! —le gritó Pato.

Llevó a su amigo hacia un lado y le regañó por no cumplir con su palabta y revelar el secreto. Canarito se molestó porque le había gritado tonto y ordenado callar delante de todos. Entonces, se fueron enfrascando en una acalorada discusión que se tornó gravísima porque, en vez de sus apodos, se llamaban por Nelson y Patricio, sus nombres de pila.

Allí mismo rompieron relaciones.



Canarito regresó donde sus compañeros y Pato caminó hacia la calle. Pero antes de retirarse definitivamente, Pato sintió pena y quiso inmovilizar a todo el mundo para quedarse a solas con su amigo y tratar de salvar la amistad. Cerró los ojos, apretó los labios, aguantó la respiración, chasqueó los dedos y... ¡Nada! ¡Ya no poseía el don!

Se armó de valor, tragándose su orgullo, regresó al grupo y volvió a apartar a Canarito. Éste no podía creer lo que le contaba su amigo. «¿Ya no lo harían más?», se preguntó. Como se sentía culpable, le pidió perdón a Pato.

Éste también se disculpó. Entonces, felices, chocaron sus palmas de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba, toparon sus puños cerrados y terminaron con sus manos derechas bien apretadas, golpeándose el pecho. No lloraron ni se abrazaron porque les dio vergüenza.

Pato se despidió de todos y se fue caminando bien despacio para su casa, observando y disfrutando todo con su buen ánimo. Pero no había recorrido ni cinco cuadras cuando se le acercó Canarito corriendo desesperadamente.

—¡Pato! ¡Pato!

—¿Qué pasa?

—¡Tengo una cosa muy importante que decirte! ¡Dale, congela toda la calle para contarte sin que nadie escuche!

—No puedo —le recordó su amigo—. Desde que peleamos no funcionó, ¿no te lo dije?

—¡Inténtalo otra vez! —insistió Canarito—. ¡Porque ya nos reconciliamos y puede ser que funcione!

Pato, no muy convencido, volvió a cerrar los ojos, a apretar los labios, a aguantar la respiración, a chasquear los dedos y... ¡Prácata! ¡Increíble! ¡La calle se llenó de maniquíes! Una señora cargada de paquetes, un chofer bajándose del auto, una mujer en su balcón con la boca abierta porque el hechizo la pilló gritando, dos hombres sobre una escalera colocando un enorme lienzo de acera a acera anunciando la competencia de aves, un perro con la patita levantada orinándole el pantalón al vendedor de verduras... ¡Qué risa le daba!

—¡Para de reírte y escucha, Pato! Mira, ha sucedido algo muy grave.

—¿Y por qué me lo dices así? —preguntó su amigo asustándose por el tono.

—¡Porque han secuestrado a Cata!

—¡¿Queeé?!

—¡Sí! Después que te fuiste del colegio, todos se retiraron menos Pico Verde y yo, que estábamos jugando cartas magic detrás de una columna. En eso llegó un jeep, de esos grandes con vidrios oscuros, y dos hombres muy parecidos, pero uno chico y el otro altísimo, se bajaron, agarraron a Cata, que iba saliendo, y se la llevaron entre sus gritos.

—¿Pero no me dijiste que se había ido todo el mundo?

—Sí, todos menos Cata, que la había llamado el inspector Gallo a su oficina para regañarla. ¿No recuerdas que hoy entró a clase para decir eso?

—Sí.

—Bueno, después salió llorando.

—¿El inspector lloró?

—¡No! ¡Cata! Tú sabes cómo es ella de susceptible.

—¿Y nadie hizo nada?

—Sí, le dimos un pañuelo.

—¡No! ¡Me refiero a que si no hicieron nada cuando se la llevaron!

—¿Qué podíamos hacer? Cuando reaccionamos, ya se había ido el jeep a toda velocidad.

—Entonces hay que ir urgente a la policía —opinó Pato.

—Yo creo que lo lógico es ir a casa de Cata y avisarle al señor Águila para que sea él quien llame a la policía, ¿no crees?

—De acuerdo. ¡Vamos!

—¡Espérate! ¿Y esta gente?

—¡Pero Canarito, no podemos ir con esta gente! ¡Para eso vamos a la policía!

—Me refiero que hay que darle movimiento a esta gente.

—¡Ah, eso sí!

Canarito hizo todo lo más rápido posible y la calle volvió a su ritmo habitual. Las personas sólo vieron, sin darle importancia, cómo dos niños corrían desaforados, mientras ellos seguían con los preparativos de la gran fiesta. Claro, sin saber que una tragedia ya se había desencadenado para empañar la celebración.

Un ave de heráldica cabeza 

El señor Águila regresaba de la sesión de fotos que se hiciera Centella para que su imagen saliera en diarios, revistas y catálogos de la competencia, con la elegancia y majestuosidad que lo caracterizaba y con la alcurnia que le proporcionaban sus títulos. De ahí la envidia que provocaba entre los concursantes, la cual, al mezclarse con otros defectos, podía causar mucho daño, como el caso que nos ocupa.

Águila arribó a su casa en su viejo automóvil. Abrió la puerta de atrás y sacó la enorme jaula donde venía Centella. En el momento de acercarse a la reja del antejardín de su casa, fue cuando escuchó los gritos de Canarito y Pato que llegaban a toda carrera.

—¡¡Señor Águila!! ¡¡Señor Águila!!

—¿Qué pasa, muchachos? ¿Por qué tanto escándalo? —los recriminó el hombre, dejando la jaula en el suelo.

—¡Es que han secuestrado a Cata! —soltó Canarito muy sofocado.

—¡¿Cómo?! —reaccionó el entrenador poniéndose pálido.

—Sí, dos tipos se bajaron de un jeep y se la llevaron —explicó Pato.

Después de varios minutos calmando al padre de Cata, que del susto le temblaban las piernas, lograron incorporarlo y ayudarlo a entrar en la casa.

—¿Y esto? —dijo Águila, asustándose de nuevo.

—¿Qué pasa? —quiso saber Canarito, llevando en la mano la jaula con Centella.

—Que la puerta está abierta y yo recuerdo haberla cerrado bien.

Al penetrar, pudieron observar varios muebles y adornos volcados.

—Parece que tuvo visitas —comentó Pato.

—Y con malas intenciones —secundó Canarito.

Águila se echó en el sofá con las manos cubriéndose el rostro, mientras los muchachos trataban de ordenar todo. Cuando pensaron que habían terminado, Canarito se sentó al lado del hombre y le pasó el brazo por encima de los hombros.

—¿Quiere que llamemos a la policía, señor Águila?

—¡No! —saltó el hombre casi a gritos—. ¡No se puede llamar a la policía! ¡No quiero que le pase nada a mi Catita! ¡Hay que esperar a que se pongan en contacto conmigo a ver qué es lo que quieren! ¡Oyeron bien! ¡Y de esto ni una palabra a nadie! ¿Entendieron?... Perdón, ¿entendieron?

Los niños se miraron. Entonces, Pato cerró rápidamente los ojos, apretó los labios, aguantó la respiración, chasqueó los dedos y... ¡Prácata! ¡Águila y Centella paralizados!

—¿No crees que se equivoca? —habló Pato.

—Sí, pero rectificó enseguida. Deben ser los nervios.

—¿Te pregunto si no crees que se equivoca al no llamar a la policía? —aclaró Pato.

—Pienso que no, que tiene razón —contestó su amigo—. Yo haría lo mismo.

—¿Ponerte nervioso?

—¡No! ¡No llamar a la policía!

—¡Pero algo hay que hacer! No nos podemos quedar con los brazos cruzados aquí y esperar que pase cualquier cosa.

—¿Y si tú y yo nos ponemos a investigar?

—¿Qué? —respondió Pato—. ¿Tú estás loco?

—¿Por qué?

—Por varios motivos. Uno, el señor Águila no lo va a permitir. Dos, tenemos que pedirle permiso a nuestros padres, y éstos no van ni a escucharnos; y tres, ¿qué sabemos nosotros de cómo llevar una investigación criminal?

—Mira, no le decimos nada al señor Águila, tampoco le pedimos permiso a nuestros padres, que no tienen cómo enterarse. Además, no nos vamos a meter en ningún lío —agregó Canarito.

—¡Ya estamos metidos en un lío!

—Me refiero a que no vamos a hacer nada malo, somos dos personas inteligentes y, si llevamos una lógica, podemos resolver este problema. Si vemos que la cosa se complica y hay peligros, pues nos detenemos.

—Pero si no somos culpables, ¿para qué detenernos?

—¡Detenernos! ¡Quise decir: paramos lo que estamos haciendo y ya!

—¡Ah!

—Además, ¡hay que hacerlo por Cata! No podemos quedarnos sin hacer nada mientras ella está en manos de esos delincuentes. ¿No es cierto?

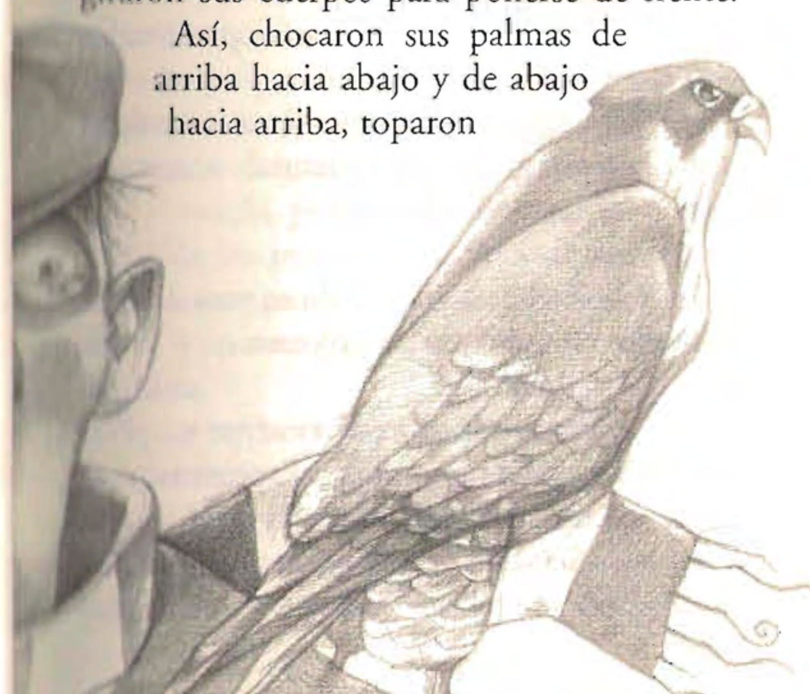
Quizás por la seguridad de que si la cosa se tornaba peligrosa pararían, o quizás por no quedar como menos valiente y arriesgado que su amigo, pero sobre todo por pensar que Cata se salvaría sin su ayuda, Pato decidió aprobar eso de convertirse en investigador privado, como en las películas y en las novelas policiales.

—Está bien —aceptó.

—¿En serio? Entonces... ¿Amigos?

—¡Amigos!

Ambos se mantuvieron sentados, pero giraron sus cuerpos para ponerse de frente. Así, chocaron sus palmas de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba, toparon



sus puños cerrados y terminaron con sus manos derechas bien apretadas, golpeándose el pecho de cada uno.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —rompió Pato el alegre momento—. ¿Por dónde empezamos?

—Yo creo que debemos preguntarle a él —respondió Canarito, señalando al papá de Cata—, para que nos diga quiénes piensa él que sean estos tipos, por qué hacen algo así, qué sabe él, no sé, cualquier cosa que nos ponga en movimiento.

—¿A nosotros?

—¡Claro!

—Pero si los que están paralizados son él y Centella.

—¡Algo que nos ponga a investigar! ¡Que nos ponga en movimiento!

—Estoy de acuerdo.

—¿En qué?

—En que los desparalices, para después ponernos en movimiento nosotros.

—¡Bien!

Canarito hizo lo de siempre y... ¡Prácata! Centella se sacudió las plumas y el pobre hombre se limpió una lágrima.

—Señor —le habló Canarito—, queremos hacerle una pregunta: ¿usted tiene idea

de quién puede ser el secuestrador de su hija?

—No sé, no sé... Aunque se me ocurre que pueden ser los dos locos esos que vinieron ayer a proponerme dinero para que no participara en la competencia.

—¿Quiénes? —insistió el niño.

—Dos hermanos gemelos vestidos de gris, uno alto y el otro bajito, que me amenazaron si yo no me retiraba.

—¡Son los mismos que vimos llevarse a Cata! —soltó Canarito dando un brinco.

—¿Sí? ¿Lo ven? ¡Son locos peligrosos! —comentó Águila.

—Y es evidente que el objetivo de ellos es evitar que usted participe, porque seguro gana la competencia con Centella —dijo Pato muy serio—. Por lo que ellos van a participar y tratarán de ganar de cualquier forma.

—¡Sí, pero también puede ser que alguno de los inscritos haya contratado a esos sujetos, porque yo no los conozco como criadores o entrenadores de aves! —reconoció el hombre.

—¡Por tanto, si buscamos en la lista de los participantes quizás podamos encontrar una pista! —exclamó Canarito entusiasmado.

—Vamos a ver —contestó Águila.

Se levantó a buscar el papel con los

nombres de los inscritos en la competencia, avalando, sin darse cuenta, la decisión de investigar de los muchachos.

—Deja ver... —musitó mientras leía de arriba abajo la lista—. No veo un nombre desconocido, un nombre nuevo... ¡No! No hay nadie en la competencia que merezca sospechas. Aunque las inscripciones aún no están cerradas, la convocatoria cierra mañana. Pero aquí están todos los criadores conocidos y no creo que aparezca algún nuevo competidor de última hora.

—Fíjese bien, por favor —imploró Canarito—. Tiene que haber alguien.

—No. Ya les digo, todos son gente conocida y respetable... A no ser...

—¿A no ser quién? —lo apuró Pato.

—A no ser el doctor Perico Iriguyen.

—¿Quién es ése? ¿Un mafioso? ¿Un delincuente? —preguntó ansioso Canarito.

—Que yo sepa, no. El doctor Perico es un científico medio loco, según dicen, que ha hecho cruces entre diferentes animales y ha realizado experimentos genéticos con aves. Ahora trabaja por su cuenta, porque lo echaron por loco de la universidad donde estaba.

—No lo conozco —aseguró Canarito.

—Yo tampoco —dijo Pato.

—¡Claro que lo conocen! Es un viejo que vive casi en las afueras de la ciudad, que siempre anda con una capa verde y tiene el pelo largo y colorado.

—¡Ah, sí! —recordó Canarito. Y dirigiéndose a su amigo—: ¿No te acuerdas de aquel viejo que un día pasó por nuestro lado cuando recogimos un gorrión que se había caído de su nido y se largó a darnos un discurso sobre la reproducción de las aves?

—¡Verdad que sí! —respondió Pato—. Pero no tenía aspecto de ser malo o mafioso o algo así.

—¡Uno nunca sabe! —sentenció su amigo.

—Bueno, niños, de todas formas lo vamos a saber cuando llamen pidiendo el rescate, ¿no? —dijo Águila sentándose otra vez con tristeza y sin ánimo—. ¡Ojalá no me pidan dinero, porque no sé de dónde lo voy a sacar!

—Usted verá que todo va a salir bien —trató de consolarlo Pato.

—¡Cómo lo debe estar pasando mi niñita!

—Bueno, señor Águila —intentó Canarito cambiarle los sombríos pensamientos al hombre—, ya ordenamos todo. ¿Qué quiere que hagamos ahora?

—Nada, hijos míos. Se han portado de maravillas y no sé cómo agradecerles.

—No se preocupe —contestó Pato por los dos, sonrojándose—. ¿Está seguro de que no quiere que hagamos otra cosa?

—Bueno, ¿pueden hacerme el favor de llevar a Centella hasta el aviario que tengo en el fondo de la casa?

—¡Cómo no! —y Canarito agarró la jaula—. ¡Enseguida volvemos!

Ambos muchachos se dirigieron a un barracón, no muy grande, situado a continuación del patio trasero de la casa. Allí, Águila tenía muchas aves de varias especies, tenía la incubadora, jaulas de todos los tamaños y toda clase de útiles que le servían para el adiestramiento de sus magníficos ejemplares.

Incluso estaba criando a dos hijos de Centella, uno de los cuales presentaba las mismas características de su padre, lo cual hacía que Águila se sintiera más orgulloso que el mismo Centella.

Cuando los niños entraron en el aviario, no pudieron contener un grito de asombro. Hasta Centella se alarmó. Todas las jaulas estaban abiertas, había plumas por doquier y ni un solo pájaro en todo aquello.

—¡Parece que los tipos esos pasaron por aquí! —sólo atinó a decir Canarito.

—¡Esto está mal!

—Sí, pero con una limpieza mejora.

—¡Me refiero a que cada vez esto se pone peor! —afirmó Pato con algo de miedo—. Vamos a llevar a Centella para la casa y darle la mala noticia al señor Águila. ¡Cómo se va a poner ese hombre!

—¡Espérate! ¿Por qué no damos una vuelta por los alrededores y vemos si hay algún pájaro de los de aquí dando vueltas?

—¿Dando vueltas? ¿Tú crees que los marearon con alguna bebida alcohólica?

—¡No! Digo que puede haber alguno volando por aquí.

—¿Tú lo dices por si los dejaron escapar y no se los llevaron?

—Claro. Además, puede haber una huella, una pista...

—Es verdad. Vamos.

Los niños comenzaron entonces a revisar el patio y los alrededores del barracón, sin encontrar nada. Ya iban a abandonar la búsqueda cuando Canarito, detrás de una gran piedra y entre la maleza, encontró algo.

—¡Mira esto, Pato! —gritó enseguida.

—¡Guau! —fue la expresión de su amigo al llegar y ver aquello.

El cuerpo de un cernícalo yacía tirado allí y, lo más sorprendente, ¡sin sangre!

—¿Será una de las aves de aquí? —preguntó Pato.

—Sí —respondió su amigo—. Mira ese arito que tiene en la pata. Es igual al que tiene Centella con las iniciales J.A.

—Esto se complica cada vez más.

—¿Por qué? ¡Es fácil: J.A. son las iniciales de Javier Águila!

—Me refiero a este asunto. Cada vez se enreda más.

—Sí, pero no podemos ocultárselo al señor Águila, ¡vamos a decírselo!

Nerviosos y preocupados por tener que informarle de la mala nueva al padre de su amiga, los niños se demoraron más de lo debido en confesárselo. Al fin lo soltaron y tuvieron que seguir al hombre hasta el patio, pues al enterarse corrió hacia allá como un bólido.

La desesperación se hizo presa de él cuando se enteró del secuestro de su hija, y alcanzó su clímax cuando vio lo que había sucedido en el barracón donde criaba a sus aves.

—¡Dios mío, qué he hecho yo para merecer este castigo! ¡Cómo pueden existir

personas tan desalmadas! —gimió con ambas manos puestas sobre su cabeza.

Los niños se quedaron muy impresionados por la angustia que reflejaba el rostro del padre de Cata cuando comenzó a revolver todos los rincones del barracón y del patio en busca de sus aves.

Buscó y rebuscó tanto que una a una las fue encontrando, todas totalmente desangradas como el cernícalo. Así estaban el hermoso azor Adonis, los aguiluchos Ícaro y Pegaso, el milano Zaeta y otras muchas aves jóvenes que había estado entrenando y preparando para futuras competencias.

—Parece que somos pésimos buscando —susurró Pato al oído de su amigo—. No encontramos nada y él en unos minutos halló cualquier cantidad de pájaros.

—¡¿Y los hijos de Centella?! —Águila miró desesperado hacia todos lados—. ¡¿Dónde están los hijos de Centella?!

Enloquecido, volvió a revolver todos los rincones del aviario y del patio, esta vez ayudado por los niños, pero no hallaron rastro de los pichones descendientes del campeón.

—¡¿Los habrán matado también?! —los ojos de Águila buscaron respuesta en los rostros de los muchachos.

—No, señor Águila... —Canarito intentó buscar una frase que consiguiera calmar al entrenador—, posiblemente los hijos de Centella estén vivos.

—Él tiene razón, señor Águila —dijo Pato—, porque de haber corrido la misma suerte de sus otras aves los hubiéramos hallado.

—¡¿Entonces dónde están?! —interrogó a los muchachos.

—No sé... se los deben haber llevado... —ahora fue Canarito quien trató de hallar una explicación.

—¡Sí, eso es —se apresuró Pato a apoyar la idea de su amigo—, seguramente los que estuvieron aquí se dieron cuenta del valor de esos pichones y se los llevaron sin hacerles daño!

—Y si es así —concluyó Canarito—, existe la posibilidad de que usted los pueda recuperar.

El señor Águila volvió a mirar a los muchachos, pero esta vez su rostro mostraba inexpresividad cuando musitó:

—¿Qué clase de bestia será la que le hizo esto a mis aves?

—No sé... —Canarito no encontró respuesta en esta ocasión —para mí, esa bestia está en la lista de los competidores.

—¿Usted la revisó bien? —fue lo que se le ocurrió preguntar a Pato.

—Sí, la estuve mirando y no encuentro un nombre sospechoso.

—No, me refiero a que si revisó las aves muertas.

—No... —dijo el papá de Cata y miró a su alrededor con desolación.

Se agachó para recoger el cuerpo de Adonis y estuvo contemplando al azor durante un rato sin pronunciar palabra, como si se hubiera quedado petrificado con el ave muerta entre sus manos.

—¿Le ve algo? —se le acercó Pato y le puso una mano en el hombro.

—No... —respondió mientras una lágrima le corría por la mejilla.

—Revíselo bien, por favor —dijo Canarito, situándose en cuclillas junto al hombre que sostenía al pájaro.

Pero como Águila no atinaba a hacer nada, el muchacho metió sus dedos entre el plumaje y comenzó a deslizarlos suavemente en sentido contrario al nacimiento de las plumas, sin encontrar ninguna herida en todo el cuerpo, ni en las alas, ni en las patas. Tampoco en la cabeza observó signo de violencia alguno, pero al deslizar sus dedos por

el cuello notó una protuberancia al tacto. Canarito apartó las plumas de ese sitio con los dedos de sus dos manos y le dijo a su amigo:

—¡Mira aquí!

—¡Tremendo rasponazo! ¿Te duele? —también se agachó Pato.

—¡No me refiero a mis dedos! ¡Mira para acá!

—¿Qué es?

—Observa.

El aludido miró el sitio del cuello del azor donde Canarito mantenía las plumas separadas con sus dedos y observó dos pequeñas heridas circulares, como si hubieran sido practicadas con un punzón u otro objeto similar. En sus bordes había rastros de sangre coagulada.

—¡Por ahí lo desangraron! —exclamó Pato.

—Sí —asintió su amigo—, ¿pero con qué?

—Parece la mordida de un animal —susurró Águila.

—¿De un animal? —dudó Canarito—. Si hubiera sido un animal, habríamos encontrado sangre junto a los cuerpos de las aves.

—O se las hubiera comido —agregó Pato con lógica.

—¿Qué animal pudo haberles chupado la sangre? —volvió a preguntar Canarito. Y él mismo se respondió—: ¡No creo que por aquí haya algún animal que haga eso!

—A no ser... —Pato se quedó pensativo.

—¿Conoces un animal así?

—A no ser... —repitió Pato

Su amigo se dio cuenta de que una idea le rondaba la cabeza y lo alentó:

—¡Vamos, Pato, suelta lo que estás pensando!

—Es una idea absurda —dijo el muchacho—, pero estaba recordando a ese viejo loco...

—¿Viejo loco? ¿A cuál viejo loco?

—A ese científico que botaron de la universidad por hacer experimentos.

—¿El doctor Perico? ¿Tú crees que él es el animal que se tomó la sangre? —preguntó Canarito.

—¿El doctor Perico? —el papá de Cata alzó la cabeza y miró inquisitivamente al Pato—. ¿Tú piensas que el doctor Perico haya...?

—¿No es una posibilidad? —el muchacho enfrentó la mirada de Águila.

—¿Una posibilidad de qué, Pato? —Canarito lo tomó por la manga de la camisa.

Pato dudó un instante antes de expresar su idea, pero al fin se decidió:

—¡De que ese científico trastornado haya logrado con sus experimentos una especie de ave chupadora de sangre!

—Eso es imposible —dijo Águila con seguridad.

—¿Y por qué no?

—¡Porque las aves no tienen dientes y para hacer lo que le hicieron a mis pájaros se necesitaron al menos un buen par de colmillos!

—Él tiene razón —dijo Canarito con desaliento.

—Nosotros no tenemos idea de lo que se puede lograr mediante la genética —continuó Pato— y, a lo mejor, ese viejo loco pudo lograr un bicho raro, un monstruo, cruzando un ave con otro animal dentado.

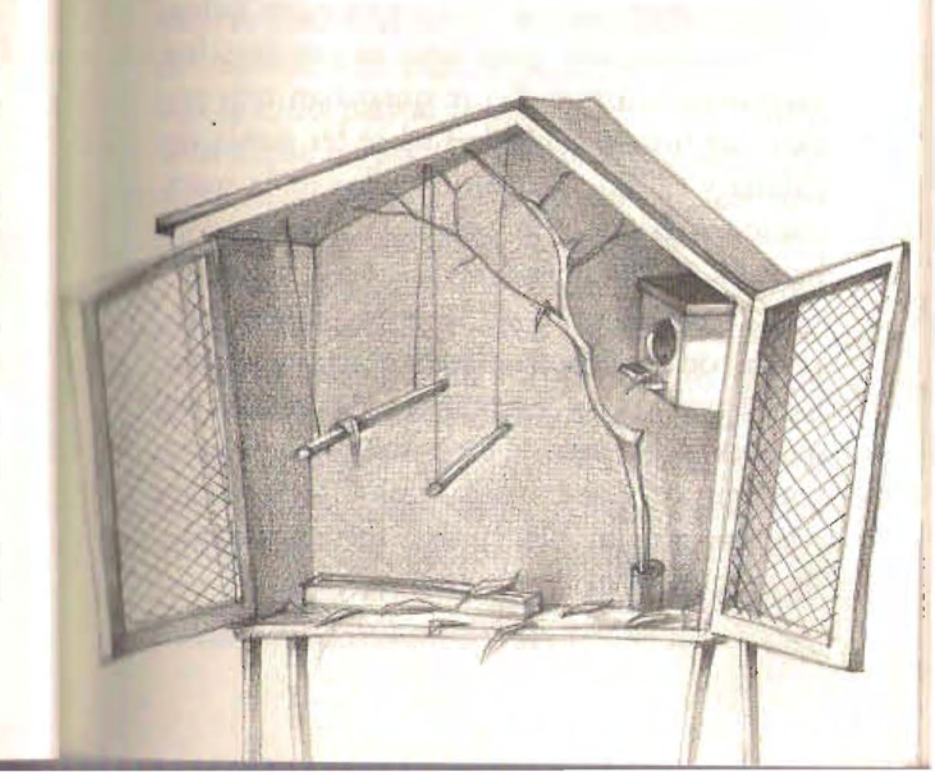
—¿Con un cocodrilo, por ejemplo? Es difícil —opinó Canarito, aunque reconoció—: pero posible. ¿Quién sabe?

El entrenador de aves los miró esta vez con cara de no estar convencido, pero no dijo nada.

—Aun así —insistió Pato—, ¡creo que no estaría de más hacerle una visita al doctorcito ese y así saldríamos de dudas!

—¡Pues, vamos ya! —exclamó Canarito entusiasmado.

Y los dos amigos se dispusieron a iniciar una aventura sin tener la menor idea de las consecuencias que pudiera traer.



La leyenda de la cueva

Al otro lado del monte que daba nombre a la ciudad había una estrecha cañada entre dos altas peñas, por donde difícilmente algún vecino del pueblo osaba aventurarse.

No es que el lugar en sí fuera peligroso, sino que entre las cavidades existentes había una que, con sólo mencionar su nombre, los vecinos de Montebello se quedaban más serios que una lechuza, la piel se les ponía de gallina y se les erizaban los pelos de la nuca como un faisán. Eso pasaba siempre que se hablaba de la Cueva Negra.

Era esta una de las más grandes cuevas de toda la región. Al estar abierta en negra roca basáltica, su aspecto era tan tenebroso que desde la llegada de los primeros pobladores comenzaron a contarse horripilantes historias relacionadas con ella, las que fueron pasando de boca en boca hasta nuestros días.

Entre las leyendas más difundidas

sobre la Cueva Negra, se contaba la de un hombre que comenzó a cultivar en ella un hongo único y muy apetecido por las aves. Después de cada jornada de trabajo, el hombre regresaba al pueblo hablando de sus avances, pero, al mismo tiempo, los demás pobladores notaban que enflaquecía, su piel se iba tornando primero amarillenta y más tarde verdosa, en tanto unas profundas ojeras negras ganaban espacio alrededor de sus ojos.

Algunos vecinos, preocupados por la salud del hombre, se le acercaron para aconsejarle que dejara de trabajar unos días en la cueva, hasta que se recuperara. Pero el hombre esbozó una sonrisa amarga y les respondió que no pasaba nada, que él estaba muy bien y que no podía dejar de ir porque así lo requería el pacto que había hecho, sin dar más explicaciones al respecto.

Nadie supo y nadie se atrevió a preguntarle nunca qué pacto era ese que no le permitía descansar un solo día en bien de su deteriorada salud. Pero después de aquella conversación, se dijo que el hombre había hecho un macabro convenio con Satanás o quién sabe con qué otro terrible demonio, que lo había poseído y lo tenía trabajando como su esclavo en la Cueva Negra.

Transcurrieron varios días desde que aquellos vecinos se decidieran a expresarle su preocupación al hombre, mientras su estado físico continuaba deteriorándose. Por las tardes regresaba de la cueva cada vez con peor color, más enjuto y con andar cansino, como si sus fuerzas estuvieran a punto de agotarse. Pero la inquietud se apoderó de todos cuando un día, al caer la tarde, no lo vieron regresar como era habitual. De inmediato, se organizó una partida de hombres que, armados de azadas, viejas escopetas de caza y faroles, se dirigieron a la cañada donde estaba la Cueva Negra. Al llegar, encontraron a la entrada el cuerpo sin vida del infeliz y vieron horrorizados que estaba completamente seco, sin una sola gota de sangre en su cuerpo, como un tubo de pasta al que le han extraído todo su contenido. Esto fue para ellos la confirmación de que había hecho un pacto con un demonio y que, probablemente, dada la manera cómo habían sucedido las cosas y el aspecto que presentaba la víctima, este demonio fuera una especie de chupasangre.

Así corrió de boca en boca, de generación en generación, la leyenda del chupasangre de la Cueva Negra. La cañada del otro lado de Montebello se inscribió en la historia del

pueblo como un sitio maldito, por donde ningún vecino debía aventurarse, so pena de correr la misma suerte que el infortunado hombre.

Por supuesto, nadie más se atrevió a intentar el cultivo de aquellos hongos, a pesar de que era un producto muy cotizado entre los criadores de aves. El solo hecho de pensar en el horrible monstruo que se decía habitaba la cueva, era suficiente para quitarle las ganas al más valiente.

Pasaron los años, la leyenda del chupasangre de la Cueva Negra continuó transmitiéndose de padres a hijos y, aunque en estos tiempos modernos los avances de la ciencia y la tecnología apenas dejan espacio a la fantasía, los habitantes de Montebello, sobre todo los de más edad, continúan hablando con respeto y temor de la historia de la víctima del macabro chupador de sangre.

No obstante, cada vez se observa más en los jóvenes de Montebello expresiones de incredulidad e incluso de burla cuando se recuerda el tema en las tertulias familiares. De hecho, algunos se atreven a replicar a sus padres que esas son historias demasiado fantásticas e increíbles para ser tomadas como ciertas, sobre todo ahora, en los tiempos

donde el hombre pasea sus robots por Marte y existe la Internet.

Pero si los incrédulos jóvenes pudieran penetrar unos metros dentro de la Cueva Negra, tal vez cambiarían su opinión al ver la oscura y tenebrosa figura que vigila la entrada con sus ojillos amarillos que centellean en la oscuridad.

Un científico punk

Después de asegurarse de que Águila se quedara acostado, aunque sin dormir, y atento al timbre del teléfono por si alguien llamaba para dar cuenta de su hija, los dos amigos partieron excitados a investigar al loco del doctor Perico.

Ya llevaban dos cuadras caminando, Pato callado y Canarito silbando constantemente, cada uno inmerso en sus pensamientos, cuando este último paró de chiflar y dijo, como hablando consigo mismo:

—Seguramente los que entraron en la casa y en el aviario estaban buscando eliminar a Centella. ¡Fue una suerte que Águila lo hubiera llevado a fotografiar!

—Sí, fue bueno que no estuvieran en la casa... ¡Espérate, Canarito! —y Pato se puso una mano en la frente—. Acabo de recordar que a esta hora le prometí a mi mamá comprarle una cosa.

—¿Qué?

—Una medicina.

—¿Entonces?

—Nada, que vuelo para allá, hago eso tápido y voy corriendo para la dirección que nos dio Águila.

—¿La tienes anotada? —preguntó Canarito desconfiado.

—Sí, la anoté porque es una medicina con nombre raro.

—¡No! ¡Me refiero a la dirección! ¿La anotaste?

—No, me la aprendí de memoria.

—No creo mucho en tu memoria. Repítela, a ver —y Canarito sacó un papelito para leer y comprobar que su amigo se la sabía.

—Tomar la calle Picaflor en dirección oeste hasta el final.

—¿Y?

—Después que uno pase las últimas casas empieza un caminito de tierra que atraviesa unos campos sembrados de alpiste, ¿no? —se detuvo a respirar, pero antes de que su amigo le preguntara, prosiguió—: Al final de esos campos, a la entrada del Bosque Tupido, está la casa del loco ese.

—Está bien. Acertaste.

—¡Te lo dije! ¡Tengo buena memoria!

—¿Y cómo se llama la medicina?

—¡Ah, qué sé yo!

—¿Ves que no tienes tanta buena memoria?

— ¡Bah!... ¡Bueno, me voy que ya estoy muy atrasado!

Pato se despidió de su amigo como siempre lo hacían: chocaron sus palmas de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba, toparon sus puños cerrados y terminaron con sus manos derechas bien apretadas, golpeándose el pecho de cada uno. Después del ritual, Pato se marchó corriendo a todo lo que daba.

Canarito apuró el paso ajustándose la mochila a su espalda y, sin detenerse, recorrió el camino indicado en el papel mientras seguía pensando en todo lo ocurrido hasta el momento, sin dejar un solo segundo de silbar. Llegó hasta la casita del doctor Perico todavía exaltado por la idea de estar convertido en todo un investigador policial.

Observó que la casa del loco que buscaba era demasiado pequeña y se hallaba herméticamente cerrada. Era obvio que estaba vacía y decidió entonces vigilarla desde detrás de unos arbustos, mientras esperaba también a su amigo.

Unos quince o veinte minutos más tarde, cuando ya tenía dormidas las piernas por mantenerse en cuclillas, vio aparecer por el camino la figura colorida del doctor Perico. Canarito lo recordó de su primer encuentro. El anciano era de poca estatura, casi menor que el niño, con cejas muy rojas, ojos redondos, grandes y negros, pelo abundante y colorado, que llevaba peinado casi al estilo punk, y envuelto en su capa de intenso verde. Caminaba en cortos y rápidos pasos, dando la impresión de que avanzaba a saltitos.

Abrió la puerta de su casa y desapareció dentro de ella. Pero medio minuto después salía por una puerta posterior. Miró en varias



direcciones, como comprobando si alguien lo veía, y se internó en el Bosque Tupido. Así le llamaban a aquella zona de aproximadamente ocho hectáreas, donde crecían árboles de variadas especies, uno al lado del otro, de espesos follajes, descomunales troncos y enormes raíces que sobresalían del suelo.

El niño, al ver que no llegaba Pato y que se le escapaba el doctor Perico, decidió seguir al viejo por el mismo estrecho sendero que serpenteaba entre las raíces.

Recordó el cuento de Hansel y Gretel, donde los niños iban dejando piedrecillas en el camino para no perderse, y quiso hacer lo mismo para indicarle a Pato, cuando éste llegara, por dónde había ido. No se le ocurrió nada mejor que ir arrancando pedacitos del papel donde tenía la dirección, los que fue dejando entre las raíces a medida que avanzaba sin dejar de silbar, aunque bajito, por supuesto, para que el viejo no lo oyera.

El avance fue lento, por lo dificultoso de caminar entre las irregulares raíces y por la poca visibilidad, ya que sólo unos cuantos rayitos de sol podían filtrarse entre la vegetación y llegaban hasta el suelo en diferentes direcciones, formando un entramado de débil luminosidad. Canarito, por lo

menos en teoría, ya que en la práctica había perdido de vista al doctor casi desde el principio, no cejó en su objetivo y se limitó a seguir la senda, con la esperanza de hallar al huidizo loco.

Así, recorridos 250 ó 300 metros, de improviso se encontró en un claro del bosque donde desaparecía el sendero. En ese lugar se juntaban muchos rayos de sol en forma vertical, lo que provocaba una iluminación casi teatral, es decir, hecha con toda intención por la mano del hombre para producir el efecto de irrealidad que Canarito percibía en aquellos momentos.

Recorrió con la vista todo su alrededor. Se fijó en un enorme roble con el tronco inclinado como a 45 grados, en el que habían practicado pequeños tajos que ascendían hasta las primeras y altas ramas.

«No hay dudas de que es una especie de escalera y me servirá para llegar hasta la cima, usarla como mirador y ubicar al loco ese», pensó.

Dicho y hecho. Se acercó, puso el pie derecho en el supuesto primer escalón, cuando de repente sintió algo en su hombro. Se miró y comprobó que era caca de pájaro. Alzó su vista, escudriñó el follaje, pero no encontró nada.

Entonces puso su pie izquierdo en el segundo tajo. Tres excrementos cayeron sobre su cabeza. No lo podía creer. Volvió a mirar y no vio ningún movimiento entre las hojas, ni escuchó un ruido que delatara a algún ave.

Molesto, decidió continuar. Al levantar su pie derecho para alcanzar el siguiente escalón, una lluvia de caca se precipitó sobre él. No le quedó más remedio que bajar y apartarse. De la molestia había pasado al susto, por enfrentarse a un hecho extraño y evidentemente con malas intenciones. Pero enseguida comenzó a invadirlo el miedo. Como por arte de magia, pájaros carpinteros, mirlos, palomas, avutardas, patos, zorzales, golondrinas, cóndores, codornices y decenas y decenas de aves más, aparecían y se posaban en los salientes de los troncos, en las altas raíces, en las ramas más bajas y hasta en el suelo alrededor de él. Todos con expresiones hurañas y aires de agresividad.

Canarito comprendió que le era imposible huir y su miedo se fue convirtiendo en terror. De repente, se escuchó una voz rajada que retumbó en aquel claro.

—¿Quiqui én sertu?

El niño no entendió, pero tampoco hizo nada para entenderlo.

—¿Quiqui én sertu?... ¿Quiquién ser tutú?... ¿Quién ser tú?

—¿Yo? —y Nelson se señaló el pecho con el índice tembloroso de su mano derecha, mirando hacia todas partes por no saber de dónde provenía la voz.

—¡Sí, tutú! ¡Ha blabla! ¡Si nono hacertulo, mororir!

—¿Qué? —le costaba entender a Canarito.

—¡Sisisi...! ¡Si no hacer, tú morir!

El niño se asustó aún más con aquella amenaza. No podía articular ni una palabra. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para intentar responder y, cuando su garganta iba a emitir un sonido, otra voz distinta, algo aflautada, llenó el espacio.

—¡Bingo! ¡Bingo Silva! ¡Basta de bromas y dejen subir a ese muchacho!

Las risas de los loros, cacatúas, papagayos, guacamayos y cotorras acompañaron esas palabras. Las otras aves movían sus colas, graznaban, piaban o silbaban. Algunas, aún más alegres, se revolcaban en la tierra o les pasaban el ala por encima a sus compañeras.

Canarito no entendía nada, pero su instinto le indicaba que debía subir por aquel tronco hasta la voz que lo había salvado.

Al llegar a las primeras ramas pudo distinguir al doctor Perico que se le acercaba desplazándose por una pasarela hecha de gruesas ramas.

—Hola, yo soy Perico, ¿y tú?

—Me dicen Canarito, señor.

—¿Y qué haces aquí, además de pasar sustos?

—Lo... lo seguí, señor.

—¿Para qué? Si se puede saber —y el anciano se sentó en un banquillo construido a partir de la talla de un tronco.

El niño dudó en responder porque no sabía si debía o no contarle todo al viejito. Sin embargo, la bonachona y simpática cara del doctor Perico, más el hecho de haberlo salvado momentos antes, pudo más que su resquemor.

—Le contaré...

—¡Un momento! Antes de contarme, lávate la cabeza y limpia tu camisa y tu mochila ahí en aquella pileta —dijo el viejo señalando hacia la espalda del niño—. Porque ese olorcito...

Canarito obedeció y en una especie de estanque de madera, cruzando de un árbol a otro por otra pasarela, se aseó como pudo.

De regreso se lanzó a contar toda la

historia del secuestro, del allanamiento a la casa de Águila y hasta de los animales desangrados. El anciano lo escuchaba con atención y, a medida que avanzaba el relato, su rostro adquiría signos de una profunda preocupación.

—...Y pensamos que usted... —el niño volvió a dudar.

—Era un sospechoso.

—Sí... eso pensamos.

—Escucha, muchacho. Quiero que sepas que yo no podría hacerle daño a ningún animal y menos a las aves, que son mi especialidad. Yo las estudio, las investigo y hago experimentos genéticos sólo para mejorarlas.

—Es que...

—¡Espérate! Déjame terminar. Como viste, todas las aves me quieren y nos comunicamos perfectamente. Ellas son mi familia. Aquí, en las copas de estos árboles, tengo mi laboratorio. Ese es mi secreto. Y si me anoté en la competencia es porque necesito dinero pata continuar con mis trabajos.

—Pero...

—¡Espera! Ya habiéndote aclarado lo que hago y lo que pretendo para que me saquen de la lista de sospechosos, deseo advertirte que, según lo que me cuentas, un enorme peligro acecha a esta ciudad.

—A Cata y a su papá, dirá usted.

—No, dije a la ciudad. Las características de las muertes de esos pájaros de Águila, me hace pensar en algo extremadamente maligno. Y si es lo que me imagino, estamos ante la presencia de un ser perverso y muy peligroso que amenaza a todos los habitantes de esta ciudad.

—¿Y qué es lo que se imagina? —quiso saber Canarito palideciendo.

—No quiero decirlo hasta que lo compruebe.

—¿Y nosotros qué podemos hacer entonces?

—Ustedes pueden continuar con su investigación, pero sin arriesgarse. Te repito, si es lo que me imagino, resulta peligroso aventurarse a que sean descubiertos. Vamos a hacer una cosa, les voy a dar a Bingo para que los acompañe. Él será también el enlace entre ustedes y yo.

—¿Es su ayudante o algún pariente suyo?

—No. Te lo voy a presentar —y el anciano puso las manos en su boca, en forma de pantalla y gritó—: ¡Bingo! ¡Bingo!

Enseguida, un loro de plumaje verde intenso, cabeza roja y de ojos grandes y negros

se acercó dando pequeños saltitos por la pasarela. Después tomó impulso y se posó en el hombro del doctor Perico. El parecido entre el ave y su dueño era increíble.

—Él es Canarito —le dijo el anciano señalando al muchacho.

—¿Él es Bingo? —preguntó asombrado el niño.

—¡Bin gosil vava! —contestó el loro.

—Sí, Silva también, porque quiso ponerse apellido.

—¿Fue él quien me hizo la broma? —continuó Canarito sin salir de su asombro.

—Sisí, sermí —habló el pájaro—. Tudis cucul par.

—Este loro es especial. Es el resultado de un trabajo genético anterior, en el que obtuve un ejemplar más hablador, más pensante, pero lamentablemente al hablar une y repite muchas sílabas.

—Sí, me di cuenta, pero se llega a entender —comentó el niño.

—¡Ah! Y me salió demasiado burlón. Por tanto, hay que soportarle todas esas bromas pesadas —aclaró Perico.

—Noser pes adas. Broro magra ci osa —señaló Bingo y comenzó a reírse pronunciando las sílabas ja, je y ji, mezcladas. Su risa

fue tan contagiosa que Canarito y el doctor Perico no tuvieron más remedio que reír también. En eso estaban cuando se escucharon gritos desde abajo.

—¡Canarito! ¡Canarito!

—¡Ese es mi amigo Pato! —saltó el muchacho—. Lo estaba esperando.

—¡Ayúdame! —se escuchó un grito más desesperado.

—¡¿Qué te pasa?! —y el niño salió disparado para bajar la original escalera y socorrer a su amigo.

—Ha berbervis toto cuan doela cercar sese...

—Vio cuando se acercaba —tradujo Perico.

—Ymi gen tebombom bar dearlo coco moatú.

—¡Y lo bombardearon como a mí! —comprendió Canarito.

Todos rieron de nuevo.

El encuentro de los dos niños hizo reír también a los habitantes de aquel bosque. Una vez más, los muchachos chocaron con alegría sus palmas de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba, toparon sus puños cerrados y terminaron con sus manos derechas bien apretadas, golpeándose el pecho de cada uno.

—¡Miqueque rersal udar coco motutú! —chillaba Bingo, lo que provocaba más risas en los presentes.

Entonces, Pato cerró rápidamente los ojos, apretó los labios, aguantó la respiración, chasqueó los dedos y... ¡Prácata! ¡Todos los habitantes del bosque congelados en ridículas posiciones!

—¿Qué es esto tan extraño, Canarito? ¿El viejo loco no es mafioso?

—¡Claro que no! ¡El doctor Perico, el loro extraño ese y las demás aves son amigos nuestros! Te cuento...

En cuanto Pato supo de la inocencia del doctor Perico, además de conocer su disposición a ayudarlos, Canarito certó rápidamente los ojos, apretó los labios, aguantó la respiración, chasqueó los dedos y... ¡Prácata! ¡Todos en movimiento!

Una vez que Pato lavó sus ropas manchadas por las bromas de Bingo y su pandilla, estuvieron prestos para regresar.

—¿Yno llelle varme ayo? —sonó en tono de reproche la cascada voz del loro.

—¡Claro que también irás, Bingo! —le dijo su dueño sonriendo.

—¡Silsil vava, mite nerapel lido! —protestó el pájaro.



—¡Sí, Silva, discúlpanos! —dijo Pato.

Fueron hasta el borde de la escalera y el científico, con el loro posado en su hombro derecho, indicó a los niños un camino sólo conocido por él —según les dijo—, que atravesaba el Bosque Tupido rransversalmente de noroeste a sureste y acortaba el camino hacia la ciudad.

—Hay otro más bonito y también corto que sale a la antigua parroquia, pero tendrían que pasar por donde vive La Urraca, y sé que en estos días está muy extraña.

—¿Urraca, la bruja, dice usted? —se asombró Pato.

—¿La bruja Urraca vive por aquí? —también preguntó Canarito.

—¿Ustedes conocen a La Urraca? —inquirió el hombrecito en vez de responder.

—No... —fue Pato quien habló—, pero hemos oído hablar de ella.

—Todo el mundo en Montebello ha oído hablar de esa bruja y de Ataúd, su búho —agregó Canarito—, pero pocos la han visto.

—Pues sí, ella tiene su cabaña por ese camino, en un claro detrás de unos eucaliptos.

—¿Y por qué dice usted que está extraña? —quiso saber Pato.

—Porque me he enterado de que no

quiere ver a nadie por allí en estos días —contestó el hombrecito.

—Ellalla con ver tirto dos enre nacu ajos —terció Bingo.

—¿En serio? —se preocupó Canarito.

—No le hagan caso a este pájaro —dijo el doctor—. Lo que pasa es que ayer pasamos cerca y escuchamos unos ruidos raros por su casa.

—¿Y qué era? —se interesó aún más Canarito.

—Era La Urraca golpeando la tapa de un tarro de basura con un palo, debajo de la ceiba donde vive su búho Ataúd.

—¿Y qué más vio? —insistió el niño.

—No mucho. Ella colgó algo así como una caja del alero del techo y después se escuchó un chirrido muy fuerte. Ahí me tuve que ir porque Bingo se asustó y regresó aquí como un cohete.

—Minono que rerser re nacu ajo —saltó el loro.

—¿Qué estaría haciendo esa bruja? —dijo Canarito pensando en voz alta, como le gustaba hacer.

—¡Qué sé yo! ¡Cualquiera sabe lo que se le ocurre a esa mujer! —sonrió el doctor, y poniéndose serio añadió—: Bueno,

váyanse antes de que se haga tarde. Y recuerden mantenerme avisado de todo.

—¡Claro que lo estaremos informando! —le respondió Pato.

—¡Y más faltando tan poco para la competencia! —añadió Canarito.

—¡Y lo que falta por hacer y lo complicado y peligroso de la situación! —concluyó el científico.

Entonces, el hombrecito despidió a Bingo con un beso y el ave voló hasta el hombro de Pato.

No bien bajaron unos peldaños, cuando escucharon el grito del doctor.

—¡Muchacho, tu mochila!

—¡Mi mochila! —Canarito se puso la mano en la frente—. ¡Por poco se me olvida lo más importante!

Regresaron apurados y el niño sacó de su mochila algo que se había robado de casa del señor Águila.

—¡El cernícalo! —exclamó Pato—. ¿Cómo pudiste llevarte ese animal?

—El señor Águila no se dio cuenta —contestó Canarito—. Además, después se lo devolvemos.

—¿Y para qué lo trajiste?

—Porque quería examinarlo bien.

Pero quién mejor que un científico, ¿no?

El doctor Perico tomó el cadáver del pájaro que le ofrecía el niño, sacó unos anteojos de su bolsillo y comenzó a examinarlo detenidamente. Después de detenerse en el cuello del pobre animal, su rostro palideció y un extraño brillo tomó su mirada.

—¡Tal y cómo me lo imaginaba! —dijo en voz baja.

—¿Qué pasa? —se alarmó Canarito.

—La forma en que murió esta ave —respondió el viejo científico mirando al niño.

—No lo entiendo, señor —intervino Pato—. ¿Qué encontró? ¿Qué se imaginaba?

—Los agujeros que aparecen en el cuello del animalito —y Perico miró ahora a Pato con aire sombrío.

—¿Qué pasa con ellos? —se alarmó el muchacho.

—Parecen mordidas de algo así como de un monstruo...

—¡De un monstruo! —exclamaron los niños.

—Sí... —los volvió a mirar más sombríamente aún— ¡De un terrible vampiro!

—¡Pero eso es imposible! —dijo Pato—. ¡Los vampiros no existen!

—Mira, hijo —explicó Perico—, los

que no existen son los vampiros que ves en películas y en la tele. Pero el vampiro es un mamífero quiróptero...

—¡¿Qui qué?! —saltó Canarito.

—Quiróptero, los murciélagos son quirópteros —siguió Perico—. Y los vampiros son específicamente de la familia de los desmodóntidos, es decir, con largos incisivos que usan mucho por ser criaturas hematófagas.

—¿Hema qué? —volvió a preguntar Canarito.

—Que se alimentan succionando sangre —respondió el doctor Perico.

—¿Esos animales existen? —se extrañó Pato.

—Claro, viven en las selvas de América Central y del Sur.

—Yo pensé que los vampiros eran seres imaginarios que la gente había inventado para meter miedo —habló Pato—. Doctor, ¿y por qué dice que este es un terrible monstruo?

—Por el grosor de sus colmillos, por la agresividad, por la rapidez con que destruyó a tantas aves en casa de Águila y porque, si está amaestrado así, quiere decir que le han hecho variaciones genéticas...

—¿Y? —preguntaron los niños al unísono.

—Que nos enfrentamos a un ser maléfico y endemoniado.



La dañina sombra de un árbol

Pato esperaría a su amigo en la placita situada en la esquina de las oficinas de la COCA (Comisión Organizadora de la Competencia de Aves), con el objetivo de vigilar las entradas y salidas de los nuevos inscritos, por si tenían suerte y descubrían algo.

Sentado en un banco, Pato hacía un recuento en su mente de lo sucedido hasta el momento, y al llegar al descubrimiento del doctor Perico, volvió a ponerse nervioso y, por qué no decirlo, con mucho miedo.

De repente, y sin que pudiera verlos llegar, dos sujetos se le sentaron a cada lado. Al mirarlos de reojo se dio cuenta de que eran las personas que menos deseaba ver en esos momentos: los gemelos de trajes y sombreros grises, con sus caras de lechuzas. A su derecha el gordo bajito y al otro lado el largo y delgado.

—¿Quieres decirme por qué tanto

interés en el señor Águila? —le preguntó el gordito sin mirarlo.

—No... no sé de qué... —tartamudeó Pato.

—¡No te hagas el tonto que nosotros sabemos que fuiste...! —lo interrumpió el alto.

—¡Cállate, bruto! ¡No hay que decirle lo que sabemos! —lo cortó el de baja estatura lanzándole un manotazo por encima de Pato, que recibió parte del golpe con el codo del hombre.

—¡Pero no tienes que pegarme! —contestó el flaco, tratando de parar el manotazo con su brazo derecho.

—Entonces, no abras el pico —le ordenó su hermano. Y dirigiéndose a Pato, cambió la inflexión de su voz hacia una más irónicamente tierna—: Mira, enanito mío, me parece que tú y tu amiguito están jugando con fuego. Y les conviene parar, porque de lo contrario...

—¡Les vamos a soltar a...! —amenazó el alto y flaco, interrumpiendo a su hermano.

—¡Pero cómo le vas a decir eso, imbécil! —y el bajito le soltó varios golpes por detrás de Pato, que tuvo que agacharse para evitarlos—. ¡Te dije que te callaras, cretino!

—¡Contrólate, contrólate! ¡No me pegues así! —le gritaba el alto hundiendo su

cabeza entre sus manos—. Lo que pasa es que yo tengo que hablar también, ¿no?

Una vez calmada la situación, el gordo se acomodó en el banco, cruzó su pierna izquierda y mirando a su alrededor se dirigió al niño:

—Creo que te conviene decirme qué han averiguado.

—¡Pero señor, si no sé de qué me hablan! —respondió Pato con voz de lamento, rezando por dentro para que llegara Canarito y así poder paralizar a esos hombres, de manera que pudieran pensar cómo salir de aquel peligro.

—¡Vamos, vamos, muchacho! —lo instó el gordo echándose hacia atrás el sombrero—. ¿Qué saben? ¿Qué han visto?...

—¿Sabes dónde tenemos a la niña? —lo imitó con sus preguntas el flaco.

—¡Pero cómo le vas a preguntar eso! ¿No ves que ahí le estás confesando que fuimos nosotros? —y el gordo, con mucha agilidad, se paró en el banco inclinándose con las rodillas en la espalda de Pato y comenzó a pegarle una larga seguidilla de puñetazos a su hermano, que se defendía como podía.

De repente, una voz se impuso por encima de aquel escándalo.

—¿Y esto qué es? ¡Deténganse!

Los gemelos, con un movimiento electrizante se compusieron enseguida, tomando una actitud tranquila, pero innegablemente nerviosa a juzgar por sus miradas. Pato levantó la cabeza y saltó de alegría al ver al recién llegado.

—¡Inspector Gallo! —gritó y se pegó al hombre, abrazándolo por la cintura.



—¿Te estaban pegando, hijo mío? —le preguntó el hombre.

—¡No, señor! ¡Era entre ellos! —respondió Pato—. Pero me estaban amenazando.

—¡Largo de aquí! —ordenó el inspector dirigiéndose a los gemelos—. ¡O llamo a la policía!

Los hermanos se miraron entre sí y obedecieron sin chistar, no sin antes dirigirle al niño una fría mirada de odio.

—¡Qué bueno que pasó por aquí, inspector! ¡Me salvó! —le agradeció el niño.

—Sí, fue una suerte que viniera a la COCA ¡Parece que hoy es mi día de suerte!

—¿Y por qué, inspector? ¿Qué pasó en la comisión?

—No sé si tú sabes, hijo mío, que Albatros, tu verdadero inspector, le dijo a la directora del colegio que quería que yo lo sustituyera.

—No, no lo sabía.

—¿Y sabías que él también es el juez principal de todas las competencias de aves de esta ciudad, no?

—Sí, claro, lo hace todos los años.

—Bueno, pues también dejó una carta donde le decía a la comisión organizadora que el único que podría sustituirlo por

conocimientos, por rectitud y por honestidad, era yo. Así que hoy me citaron para darme el cargo.

—¡Qué rico! ¡Felicidades, inspector!

—¡Gracias! ¡Gracias! —y el inspector Gallo se tocó el pecho con su mano, mientras hacía una simpática inclinación con su torso, como saludando a un imaginario público.

—Sí, es un gran cargo, señor, pero no estoy muy seguro de que lo pueda ejercer —lo cortó el niño con su grave comentario.

—¿Por qué dices eso, hijo mío?

Entonces, Pato le contó todos los sucesos y toda su investigación hasta el momento. Para ello tuvieron que sentarse en el banco. El hombre no podía creer lo que escuchaba, por lo que a veces lo interrumpía con exclamaciones de asombro. El niño finalizó su relato con la recién amenaza de los gemelos.

—¡Pero es muy grave eso que me dices! ¡Qué lástima que no se pueda llamar a la policía hasta que no se sepa dónde tienen a la niña y si corre peligro!

—Lo que nos falta es una pista —dijo Pato convencido—. O saber dónde se esconden los gemelos, porque ahí tendrán a la Cata; o dónde tienen a ese horrible vampiro, si es verdad que existe; o saber quién está detrás

de todo esto y quiere ganar la competencia como sea.

—Hijo mío, no sé cómo ayudar. Pero cuenten conmigo para lo que sea necesario.

—¡Usted podría ser útil con ese cargo, inspector! —saltó el niño—. Sólo tiene que decirnos, por ejemplo, quiénes son los extraños que se inscriben, no sé, quizás...

—¿Extraños? —lo interrumpió el hombre—. Ahora que dices eso, recuerdo lo raro que me pareció ver en la lista de los últimos inscritos a La Urraca.

—¿La bruja Urraca?

—Sí, y es extraño porque ella nunca había competido.

—¡De verdad que es sospechoso eso! —dijo Pato pensando en ello.

—Bueno, hijo mío, ahora debo irme. No te quedes aquí por si vuelven esos delincuentes.

—No se preocupe, inspector. Estaré alerta.

—¡Ah! ¡Y manténganme al tanto para ver qué puedo hacer!

Y marchándose Gallo, el niño fue a pararse frente a la COCA, donde sus puertas veían pasar de vez en cuando a funcionarios

y curiosos, por lo que Pato no se sentía tan solitario, aunque se mantenía algo alterado y ansioso por ver a su amigo.

Poco tuvo que esperar para que llegara Canarito acompañado por Bingo.

Enseguida, Pato corrió hacia él y realizaron los movimientos de siempre: chocaron sus palmas de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba, toparon sus puños cerrados y terminaron con sus manos derechas bien apretadas, golpeándose el pecho de cada uno. Y por el insistente pedido de Bingo, tuvo que hacer lo mismo con las alas del loro. Entonces, Pato le informó de todos los acontecimientos que se había perdido, y en un segundo habían decidido visitar a La Urraca.

—¡Re nacucu ajo no! ¡Re nacucu ajo no! —gritaba el loro sin descanso.

—¡Cállate, Bingo, que no te va a pasar nada! —trataban de calmarlo los niños.

Recordaron que el doctor Perico les había dicho que el camino salía por la antigua parroquia y para allá fueron. A veces, Pato en silencio y el silbido por lo bajo de Canarito, pero en otras ocasiones charlando los tres amigos avanzaban por el camino de tierra que se internaba en el bosque por la parte menos tupida.

—Pensemos en esa bruja, Pato.

—Sí, lo primero es qué sabemos de ella.

—¡Queque con ver tirtir enre nacucu ajos! —repetía Bingo.

—Sabemos que no quiere a nadie por los alrededores —siguió Canarito sin atender al pájaro en su hombro.

—Esa es otra cosa sospechosa — contestó su amigo.

—Exacto. Sabemos que también golpeaba una lata, que colgó una especie de caja del alero y que se escuchó un chirrido. ¿Qué explicación podría tener eso?

—¡Mama gia parara hacerer renana cu ajos! —terció Bingo, pero no logró llamar la atención.

—No sé —dijo Pato—. Quizás esté entrenando al vampiro.

—¿Cómo es eso?

—Fácil. La caja que colgó es una especie de jaula donde tiene al chupasangre ese y lo entrena con golpes de lata y sonidos en vez de con palabras.

—¡Bien, Pato! —exclamó su amigo aplaudiéndolo—. ¿Ves que podemos ser tan inteligentes como para solucionar este caso?

—¡Cálmate, Canarito! Todavía no hemos resuelto nada.

—¡Yaya llelle gargar! —chilló el loro.

Sin darse cuenta, habían llegado al claro donde tenía su cabaña La Urraca.

Varios árboles diseminados rodeaban la choza de la bruja, de cuya rústica chimenea de ladrillos, carcomidos por la erosión y el tiempo, salía una columna de humo que la débil brisa no lograba disipar. Se agazaparon detrás de un eucalipto. La Urraca se encontraba sentada a los pies de la ceiba donde vivía Ataúd. Llevaba una bata negra con capucha, por donde sólo sobresalía una ganchuda y larga nariz.

Los niños la vieron mover sus manos detrás de una especie de mesita donde se veía una enorme vela, un gran caracol de mar, cartas, semillas y papeles.

De repente, se escuchó un sonido continuo, agudo y metálico que fue creciendo, y cuando casi iban a empezar a dolerles los oídos a los muchachos, cambió a estruendosos chirridos intermitentes.

—¡Conconmino nocon tartar! ¡Yoyo irirme! —chilló el loro acurrucándose en el hombro del niño.

—¿Tienes miedo, Bingo Silva? —aprovechó Canarito para burlarse en venganza a la broma que le hizo el pájaro.

—Nono seser miemie dodo —el ave trató de justificarse—, minoqueque rerser ren acu ajo.

—Un renacuajo es lo que pareces en este momento, todo encogido y tembloroso como estás —se desquitó Pato.

—¡Vamos, Bingo, que no se diga que eres un cobarde! —le dijo Canarito.

—Yoyo dedea cuercuer dodo... —asintió el animalito con débil voz y la cabeza casi metida entre las alas—. ¡Mimí nono de cirna damás!

—Sí, no digas más. No te preocupes, que no dejaremos que te pase nada —lo tranquilizó Pato, pasándole la mano por las plumas.

—Oye, Pato, ¿por qué no te acercas un poco a ver qué hace esa bruja?

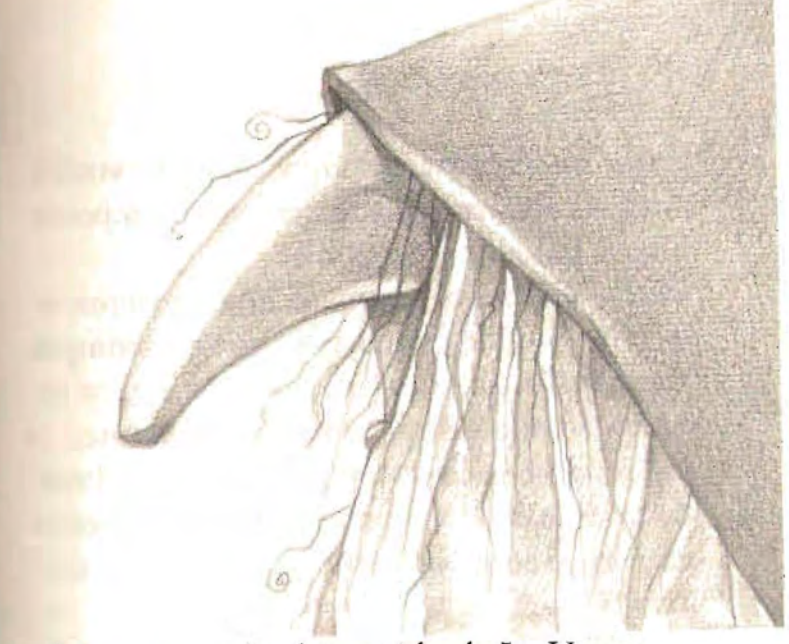
—Está bien. Voy a ir hasta el arbolito que está allá delante.

—¡Agáchate!

—¿Está mirando para acá? —quiso saber Pato, poniéndose en cuclillas sin esperar respuesta.

—¡No! ¡Que te agaches allá cuando llegues al árbol! Y ponte por la parte de la sombra donde la bruja no te pueda ver.

Arrastrándose por la tierra, Pato llegó hasta el árbol. Se incorporó un poco para



obsevar, cuando el graznido de La Urraca estremeció el lugar.

—¡Niño! ¡Sal de ahí!

El Pato se quedó congelado sin saber qué hacer. Canarito y Bingo competían a ver quién temblaba más.

—¡Rápido! ¡Ven acá! —volvió a vociferar la mujer.

A los niños no les quedó más remedio que salir de sus escondites. Sin embargo, Bingo no obedeció y fue hasta una rama cercana.

—Mimí noren acucu ajo... —sólo balbuceó al saltar.

Pato y Canarito se acercaron despacio a la bruja, caminando bien juntos y con sus rostros pálidos. Se escuchó un sonido discordante y la mujer se puso de pie.

—Espérenme aquí. Voy y vuelvo —dijo y fue hasta la cabaña, entrando por la puerta trasera.

Los niños, enmudecidos, la vieron ir.

—¿Qué... qué nos hará? —rompió Pato el silencio.

—No sé —respondió Canarito, y volviéndose hacia su amigo, de pronto el susto se reflejó en su cara y gritó: —¡Te estás convirtiendo en un renacuajo!

—¿Qué?

—¡Te estás hinchando! ¡Todo tu cuerpo se está hinchando como un sapo!

Efectivamente, la piel de Pato había comenzado a inflamarse como en una terrible erupción.

—¡Me siento mal! —se desesperó el muchacho—. ¡Llama a mi mamá, Canarito!

En ese momento La Urraca salía corriendo de su cabaña con un vaso en la mano.

—¡¿En qué lo quiere convertir ahora, bruja?! —saltó Canarito como una fiera, amenazándola con sus puños—. ¡No lo va a tocar!

—¿Pero qué te pasa, chiquillo? —chilló la mujer.

—¡Paralízala, Pato! ¡Rápido, paralízala, Pato! —gritó el niño dirigiéndose a su amigo.

—¡Pero estás loco! —dijo la bruja—. ¿No ves que está enfermo? ¿No ves que agarró esa alergia por ponerse a la sombra del litre?

—¿Del qué?

—Nadie se puede poner debajo de ese árbol que se llama litre, porque enseguida se hincha.

—¿En serio? —Canarito no lo podía creer.

—¡Claro! Pero ahora le doy esta pastilla y en unas horas estará bien.

La mujer puso la píldora en la boca de Pato y lo ayudó a beber del vaso. Después tomaron al niño entre los dos y lo llevaron dentro de la cabaña, donde lo acostaron en la única cama.

Desde una rama del árbol que se distinguía a través de los cristales de la ventana, el búho Ataúd los miraba moviendo lentamente su cabeza de un lado a otro.

Cuando vieron a Pato medio dormido, La Urraca y Canarito se sentaron en el comedor a beber un jugo de naranja que ella sirvió amablemente.

—Disculpe, señora, por todo esto —dijo con dificultad Canarito—. Es que usted tiene fama.

—Sí, de bruja. Eso es por mi nariz de gancho.

—Y también por ser huraña y rara.

—¿Yo rara? ¿Quién dijo eso?

—Disculpe, señora, pero una mujer que vive sola en estos parajes, vestida así y que se dedica a hacer ruidos extraños...

—¿Es por eso que llegaron hasta aquí?

—¡No!... Sí, también.

—Mira, no tienes que mentir. Yo lo sé todo. Para eso soy bruja, ¿no? Yo sé quiénes son ustedes, qué están investigando y que hasta piensan que soy sospechosa.

—No, lo que pasa...

—¡No mientas te dije! —lo interrumpió La Urraca—. Mira, voy a explicarte algo. Esos ruidos que hago son para entrenar a Ataúd. Me interesa ganar la competencia para poder arreglar esta cabaña que se está cayendo.

—¿Entrenar a su búho dice?

—Bueno, es la única ave que poseo. Pero como es nocturna, es decir, de día sólo duerme, tengo que mantenerla despierta con esos ruidos.

—Disculpe la pregunta, pero ¿y esa caja que cuelga del alero? ¿No es una jaula?

—¿Qué jaula de qué? ¡Es un bafle que puse ahí para amplificar el sonido que

hago con el sintetizador que alquilé!

—¿Sintetizador?

—Sí, el que manejo desde la mesa.

—¿La mesa de allá afuera donde tiene la vela y el caracol?

—Exacto.

—¡Qué equivocación, madre mía! —exclamó Canarito—. Y nosotros que pensábamos que usted...

—Sí, ya me imagino por todo lo que están pasando. ¡Pero eres muy valiente! Allá afuera defendiste muy bien a tu amigo y me amenazaste con tus puños y todo.

—Disculpe, es que...

—Mira, ¿quieres el consejo de una bruja?

—¡Claro!

—Guarda tu valentía para cuando llegue el momento, porque lo que les espera es demasiado peligroso.

—¿Qué sabe usted...? —rogó el niño, acercando su asiento al de la mujer.

—Sólo puedo decirte... ¡lo que me ha dicho Ataúd!

—¿Y qué le ha dicho?

—¡Lo que siempre sueña! ¡En las cuevas está todo! ¡Y lo que buscan específicamente está en la Cueva Negra!

—¡Qué!

Pero La Urraca no pudo continuar explicando. Unos golpes en la puerta de entrada de la cabaña la sacudieron completa.

—¡Qué hiciste vieja loca! ¡Abre ahí!

La voz del doctor Perico retumbó desde afuera, quien avisado por Bingo, enseguida corrió junto a su loro y decenas de aves hasta la cabaña de la bruja.

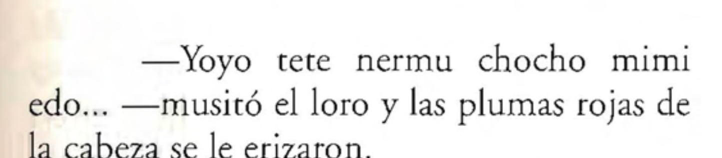
—¡Tu sol tarre nacucu ajos! —chilló Bingo.

Menuda sorpresa se llevaron cuando, al abrirse la puerta, vieron aparecer la cara sonriente de Canarito.

Todos rieron por un buen rato al enterarse de lo ocurrido.

Pero la alegría duró hasta que La Urraca volvió a repetir sus últimas palabras. La sola mención de La Cueva Negra provocaba demasiado miedo.

La amenaza del monstruo



—Yoyo tete nermu chocho mimi edo... —musitó el loro y las plumas rojas de la cabeza se le erizaron.

—Nosotros también, Bingo —confesó el doctor Perico, y otro tanto ocurrió con su melena punk de igual color.

—Sí, todos estamos muertos de miedo —dijo Canarito—, pero La Urraca nos aseguró que en la Cueva Negra está lo que buscamos.

—Además, falta ya muy poco para la competencia —agregó el profesor—, por lo que debemos salvar a esa niña y descubrir quién o quiénes desean impedir que Águila compita con Centella.

Una vez que abandonaron la cabaña de la bruja, donde quedó Pato recuperándose, decidieron echar un vistazo a la Cueva Negra, a pesar de que Bingo estuvo en desacuerdo total. Se adentraron en la estrecha cañada que

daba acceso a la oscura caverna. Ya estaban próximos al lugar, cuando escucharon voces y una especie de silbato que los hizo detenerse y buscar protección detrás de una de las grandes rocas que abundaban allí.

—¿Quiénes serán? —preguntó Canarito en voz baja.

—Bingo, averigua quiénes están ahí —le ordenó el profesor Perico a su loro.

—¡Yoyo noquer erer! —se negó el ave moviendo su cabeza.

—Si fueras tan valiente como bromista, ya estarías cumpliendo mi orden —le reprochó el científico.

—Es tata bibien... —accedió el loro avergonzado—, mimi ira verver, pepe ro sipapas arme al gogo de cira mishi josjos queyo yomomo rirconho nonor.

—¿Qué dijo? —Canarito no pudo entender.

—¡Decir a mis hijos que yo morir con honor! —tradujo Perico, y se dirigió al pájaro—. ¡Déjate de dramatismo, Bingo, que ni siquiera tienes novia! ¡Anda a ver quiénes están hablando y silbando!

El loro levantó el vuelo y dio una vuelta a prudencial altura, mientras el muchacho y el científico lo observaban desde su escondite.

Al cabo de un par de minutos regresó muy excitado:

—¡Unmons trutrutruo! ¡Ahí habhab er un mons trutruo!

—¿Qué monstruo es ese, Bingo? —le preguntó el profesor Perico en tono de incredulidad.

—¡Serpa jarro en norme!... Pepe erono serpa jarrro!

—Espérate, espérate, Bingo. ¿Cómo es eso de que es un pájaro, pero no es un pájaro?

—¡Porqueque noten erplu mas!

—¿Un pájaro que no tiene plumas? —Canarito abrió los ojos en señal de sorpresa, pero enseguida se burló—. ¿Entonces es calvo?

—¡Nono! ¡Tete nersu cucu erpo llelle node pepe los!

—¡¿Cuerpo lleno de pelos?! —exclamó el niño.

Al escuchar aquello, el profesor Perico se tornó sombrío y musitó con visible temor:

—¡El vampiro!

—¡El monstruo chupasangre! —Canarito se sobresaltó.

—Sí, mi amigo —asintió con gravedad el viejo de la melena punk—, sin dudas ese monstruo que dice haber visto Bingo

fue quien les chupó la sangre a las aves de Águila.

—¿Y, además de chupar sangre, habla? —hizo Canarito una pregunta importante.

—¡Nono! ¡Nose rel momons trutruo qui enha blablar! —se apresuró Bingo en la aclaración.

—¿No es el monstruo quien habla? ¿Y entonces quién lo hace? —el niño insistió en saber.

—Serdos titi posmu yr aros —dijo el loro.

—¿Uno alto y otro bajito muy parecidos? —saltó el niño.

—Sisisí.

—¡Ésos fueron los que secuestraron a Cata! —exclamó Canarito.

El doctor se pasó la mano por sus pelos parados.

—¿Qué hacemos? —continuó el muchacho.

—No sé... —vaciló el aludido—, es peligroso acercarse con ese monstruo ahí, al parecer esos dos tipos lo han entrenado para que cumpla las órdenes que ellos le den.

—¡Meme van van chuchu par san gregre a yoyo! —dijo Bingo con un temblor que lo sacudió desde el pico hasta la cola.

—Pero no debemos irnos sin siquiera ver qué hacen —opinó Canarito en una muestra de valentía.

—Está bien —aceptó el profesor Perico—, vamos, pero con mucho cuidado. Esto es demasiado peligroso.

Se deslizaron entre las rocas para tratar de situarse en una posición desde la que pudieran observar lo que hacían los gemelos con el vampiro. De más está decir que Bingo se quedó esperándolos lejos del peligro. Al fin consiguieron subir a una alta peña, desde la cual tenían una buena visibilidad de la entrada de la Cueva Negra y de una explanada no muy grande que había delante. Canarito y Perico sintieron que un sudor frío recorrió sus espinas dorsales cuando vieron al monstruo, que en ese momento colgaba desde una especie de percha de madera situada junto a la entrada de la tenebrosa caverna. El peludo y negro cuerpo era aproximadamente del tamaño de un águila real, por lo que calcularon que sus alas abiertas debían sobrepasar ampliamente un metro de envergadura.

—¡No sabía que un murciélago podía ser tan grande! —dijo Canarito con voz casi imperceptible, pero que denotaba la terrible impresión que aquello le causaba.

—¡Ni yo! —dijo el doctor Perico, también muy impresionado. Pero se sobrepuso al temor que sentía cuando le preguntó a su amigo—: ¿Viste ese gavilán que está en una jaula, allá, más al fondo?

—¡Sí! ¡Es impresionante! —exclamó Canarito—. ¡Ése debe ser el que tienen para competir!... ¡Y hay dos pájaros más encerrados allá atrás!

—Parecen dos pichones de halcones peregrinos.

—¡Esos son los hijos de Centella!

La sorpresa de ver todo aquello cada vez los ponía más nerviosos y excitados.

—¿Y qué hacen esos tipos ahora? —preguntó el hombrecito.

—Por lo que veo, discutir.

—No, yo digo además de discutir.

—Parece que le están enseñando algo al vampiro.

—¡Sí, mira —señaló Perico—, el gordo le gritó «¡vuela!». ¡Así es como controlan y entrenan al vampiro!

—¡Es verdad! ¿Pero qué hace el flaco?

—No sé, está abriendo una jaula... ¿Para qué será?

—¡Ya lo vi! —señaló Canarito—. ¡Es una paloma que el alto flaco soltó!

—¡Y el gordo le ordenó al vampiro que la atacara!

En efecto, al salir volando la paloma de la jaula, el otro le dio la orden al vampiro de «¡mata!». No más escuchó esa palabra, el monstruo se lanzó a gran velocidad sobre la indefensa ave y la arrastró con el peso de su cuerpo hasta la tierra, donde la aprisionó con sus patas y entre sus alas membranosas para clavarle los colmillos en el cuello y chuparle la sangre.

—¡Qué horror! ¡No quiero ver eso! —exclamó Canarito aterrado.

Escucharon el grito de «¡para!» y el vampiro enseguida dejó lo que estaba haciendo. Entonces, al grito de «¡vuelve!», retornó a su lugar, colgado de cabeza en su percha a la entrada de la cueva, muy cerca del niño y el hombrecito.

Perico se volvió muy serio hacia su amigo, con el rostro contraído por la impresión que le causara lo que acababan de presenciar. Al fin dijo:

—¿Te das cuenta?

—¿De qué? —preguntó el interrogado sin entender la intención del hombrecito.

—¡De que están enseñando al vampiro para que ataque en vuelo a las aves que participen en la competencia!

—¡No lo puedo creer! ¡Así piensan matar a Centella y ganar con su halcón!

—¡Exactamente! —y el doctor se pasó una vez más la mano por su pelo erizado—. De la misma forma en que mucha gente practica la cetrería.

—¡¿Ce qué?! —preguntó el niño.

—Cetrería. Es una especie de deporte en el que se hacen competencias con aves de rapiña, a ver quién mata más rápido y más elegantemente a unas inocentes palomas.

—¿Hay gente que hace eso?

—¡Claro! Y entrenan igual a sus aves. ¡Tenemos que hacer algo, Canarito!

—¡Si Pato estuviera aquí, ya los hubiéramos paralizado y acabado con ellos!

—¿Qué dices?

—No, no me haga caso, doctor.

Y ambos regresaron por donde habían llegado, pero en esta ocasión con muchas más precauciones.

Al llegar adonde los esperaba Bingo, y después de silbar por lo bajito durante el camino, Canarito comenzó a moverse inquieto.

—Tengo la impresión de que estás tramando algo —le dijo Perico.

—Sí, se me ha ocurrido una idea, doctor —respondió el niño—. Necesito que usted vaya a casa de La Urraca y, si Pato está mejor, acompáñelo a su casa, por favor.

—Eso no es problema.

—Bien, entonces le dice que se ponga en contacto con su tío Pelícano, el prefecto de policía, y le cuente todo para que atrapen enseguida a esta gente antes de la competencia.

—Muy bien, ¿pero qué vas a hacer tú?

—He pensado que si me quedo aquí y sigo a los gemelos cuando salgan, podrían llevarme hasta donde tienen a Cata, ¿qué le parece?

—Es una buena idea, pero muy peligrosa —afirmó Perico—. Tienes que hacerlo con mucho cuidado.

—No se preocupe.

—Te quedas con Bingo, por si acaso.

—¡Yoyo cui cui cui da ara tú!

Se despidieron, no sin que antes el doctor repitiera lo peligroso de la situación y los consejos de ocultarse muy bien.

Alrededor de veinte minutos duró la espera. Los gemelos salieron discutiendo ahora sobre a quién le tocaba llevar un bolso que había que manipular con cuidado.

Canarito y Bingo los siguieron como estaba planeado. Pero no fue fácil. Como el

terreno era irregular, a veces para salvar una roca tenían que mostrarse demasiado y con las frecuentes peleas de los hermanos era posible que los descubrieran, por lo que el niño tenía que lanzarse a tierra lo más rápido posible, llenándose de polvo y recibiendo golpes y arañazos. Bingo, en cambio, optó por volar de piedra en piedra, sufriendo por no poder hacer alguna broma de las tantas que le pasaban por su mente.



Después de un buen rato de camino, arribaron a un pequeño cerro donde se abrían las bocas de dos cuevas muy parecidas.

Los gemelos entraron en la ubicada a la derecha y Canarito intentó hacer lo mismo, pero Bingo no le dio tiempo.

Voló hacia la de la izquierda, graznándole bajito «es pepe rar mí», y desapareció en la caverna.

Canarito lo esperó obedientemente durante un rato. Casi a punto de impacientarse, llegó Bingo posándose en su hombro.

—Tutú popo deren trar.

—¿En ésa? Pero si ellos entraron en la otra.

—Yoyo coco nono cer. Las dose u unen.

—¡Ah! ¡Qué inteligente es mi lorito! ¡Vamos entonces!

Entraron en la cueva, que era pequeña, y fueron sin dificultad hasta una bifurcación, donde tomando a la derecha por una corta galería llegaron a la otra cueva.

Canarito asomó la cabeza para tratar de descubrir la prisión de Cata. Pudo observar una cavidad rocosa mucho más ancha y alta, pero también mucho más arreglada y adaptada a las necesidades de sus moradores.

Se veían mesas, sillas, archivos, libros, algunas herramientas, armas y variados cachivaches. Como adorno, en repisas adosadas a las paredes de la cueva, numerosas aves disecadas.

Los gemelos estaban de espaldas a él, sacando una cantina con comida del bolso y dándosela en las manos a la niña, que se encontraba en una enorme jaula cerrada con candado.

Canarito sintió lástima por su amiga. Se veía algo sucia, demactada y sin ánimo ni para comer. De todas formas, el mismo cosquilleo de siempre comenzó a recorrer su estómago. «Sí —se dijo—, esa niña me gusta más que un helado de chocolate con almendras».

A él mismo le dio gracia su comparación, por lo que no pudo aguantar una sonrisa, que enseguida se le congeló en el rostro para dar paso a una expresión de asombro.

En ese instante, los gemelos se habían movido de posición, dejando en el campo visual del niño a otra persona que acompañaba a Cata en su encierro: ¡el inspector Albatros!

—¡No lo puedo creer! ¿Para qué secuestraton también al inspector?

—Por queque lespu soso una nono tata en el ex pepe diente.

—¡Cállate, Bingo! ¡Déjate de bromas ahora! Mira, tengo una idea. Antes de irnos, me hace falta que vayas y le digas a Cata que no se preocupe, que la voy a salvar.

—¡Tutú es tarlo coco!

—No, no estoy loco, tú puedes fácilmente llegar hasta ella.

—¿Coco momo moco...? ¿Cómo?

—Te paralizas como una estatua y vas desplazándote entre las aves disecadas como si fueras una de ellas. ¡Así no se darán cuenta!

—¡Tutú es tarlo coco!

—¡Hazlo, dale, que estamos apurados!

El niño siguió con la vista al loro, que desde su hombro había saltado a la repisa más cercana, al lado de dos cuervos disecados. El ave imitó la misma posición amenazadora de sus vecinos y cuando con el rabillo del ojo vio que los gemelos estaban entretenidos comiendo, saltó a otra repisa, cayendo al lado de un guacamayo y una cacatúa. Enseguida abrió las alas para imitarlas y así continuó avanzando hasta acercarse lo más que pudo a la niña. Pot supuesto, provocándole sustos a Canarito, porque al tomar confianza en lo que hacía, comenzó a paralizarse con poses ridículas, como bailando, modelando, agonizando,

haciendo caca y otras que se le ocurrían para divertirse.

Por fin, en plena pelea de los hermanos por ver quién tomaba la última gaseosa que habían traído, Bingo voló hasta la niña para darle el recado. Canarito suspiró aliviado, cosa que también le duró poco, porque a Bingo le daba muchísimo trabajo que Cata lo entendiera, lo que provocó una tremenda desesperación en el niño, además de que estaba latente el peligro de que los hombres lo descubriesen.

Al fin, Canarito se dio cuenta de que la niña había entendido, porque ella giró su cabeza hacia donde él estaba y, al verlo, sonrió esperanzadoramente. Al niño se le doblaron las rodillas de emoción.

Bingo hizo el camino de regreso con más desplante que la ida, incluso posándose en la cabeza de un cóndor, poniéndose como si un águila lo estuviera cargando y besando a una lora en el pico, mientras levantaba una pata.

—¡Vamos, Bingo! —le dijo el niño al llegar—. ¡Sé dónde y hasta con quién la tienen! ¡Ya no tenemos nada que hacer aquí!

A veces corriendo, otras caminando apurado, sólo descansando cuando la sofocación era inaguantable y silbando a todo



pulmón, Canarito llegó a su casa, dirigiéndose directamente al teléfono de su habitación y saludando apenas a sus padres. Bingo voló por fuera hasta la ventana abierta del muchacho, para que no lo vieran.

—¡Aló! ¿Con Pato, por favor?

—Con él.

—¡Con Pato!

—¡Con él! ¡Con Pato estás hablando! ¡Qué enredo!

—¡Ah!... ¿Ya estás bien?

—Sí, fue un momento de confusión...

—¡No! ¡Me refiero a si ya estás bien de salud! —quiso saber Canarito.

—Sí, por suerte. ¿Y tú?

—No, yo no me enfermé.

—¡Que cómo te fue! ¡Cuéntame!

—Está bien, pero primero dime si le avisaste a tu tío Pelícano.

—Sí, pero no me creyó. Dijo que esos son inventos nuestros porque tenemos mucha imaginación —le contó Pato.

—¡No lo puedo creer! ¡Ahora sí que esto se complica!

—¡Pero cuéntame, Canarito!

—¡Ya sé dónde tienen a Cata! ¡En las cuevas está todo, como decía La Urraca! —le hizo saber Canarito.

—¿La viste?

—Sí, cuando fuimos y agarraste la alergia, ¿no te acuerdas?

—¡No! ¡Me refiero a si viste a Cata!

—¡Claro!

—¿Y te vio?

—Sí, y parece que se puso muy contenta —le informó Canarito.

Un silencio se produjo del otro lado de la línea. Los celos de Pato comenzaron a despertarse.

—¿Pato? ¿Estás ahí?

—Claro, no voy a estar allá.

—Oye, ¿y sabes con quién está Cata? —le preguntó Canarito.

—¿Cómo? ¿Tiene novio?

—¡No! ¡Te digo que si te imaginas con quién está encerrada!

—No, ¿cómo voy a saber si yo no fui? ¡Tú fuiste el que...!

—¡Con el inspector Albatros! ¡Lo secuestraron también!

—¿Queeé?

—¡Lo que oyes!

—¡Pero eso es increíble, Canarito!

—Lo mismo dije yo cuando lo vi.

—¿Dijiste «pero eso es increíble, Canarito?» —bromeó Pato.

—Sí, pero sin el Canarito —contestó el amigo.

—¿Averiguaste qué le van a hacer? —preguntó Pato.

—No. Pero mañana temprano hay que hacer algo. ¡Por lo menos a ella la saco de ahí como sea!

—¡La sacamos! —aclaró Pato algo molesto.

—Claro, la sacamos.

—Mañana es el día, entonces.

—Mañana es.

—Chao.

—Chao.

Ninguno de los dos pudo conciliar el sueño en las primeras dos horas. La idea de salvar a la niña, la idea de cómo hacerlo antes de la competencia y miles de cosas más se atropellaban en sus mentes. Y la excitación del romance y la aventura los animaba. Por lo menos hasta cuando llegaban a pensar en aquel terrible monstruoso chupasangre.

Dos niños y un loro al rescate

Las diez de la mañana era la hora fijada para el comienzo del evento. En ese momento se reunían todos los competidores con sus aves, los técnicos, jueces y el bullicioso público. Se daba el discurso inaugural de bienvenida y se celebraban las graciosas competencias de habilidades con los habitasntes inscritos, antes de hacer el llamado para que los concursantes tomaran posiciones con sus aves en la línea de partida.

Por eso, a las ocho de la mañana, tensos, nerviosos y con mucho miedo, Canarito, Pato y Bingo recorrían el camino hacia la cueva donde estaban secuestrados Cata y el inspector Albatros. No lo pudieron hacer antes porque habrían despertado las sospechas de sus padres.

Tampoco convencieron al tío de Pato, ni podían denunciat nada a la policía. Sabían que nadie les creería. Mucho menos sus padres,

los cuales seguro iban a tratar de sacarlos de tantos supuestos peligros, como es lógico. No quisieron decírselo al señor Águila para no causarle sufrimientos, pero, sobre todo, para evitar una reacción que echara a perder el rescate. El doctor Perico, además de estar muy viejo, estaría al lado de Águila en la competencia; La Urraca participando, y el inspector Gallo en su condición de juez principal.

Por eso, estaban solos en aquella aventura. ¿Cómo iban a salvar a la niña y al inspector Albatros? Aún no lo tenían claro, pero sabían que su don especial para paralizar al mundo a su alrededor era un arma muy poderosa en aquellas circunstancias.

Llegaron frente a las dos cuevas y se internaron por la de la izquierda, la misma que habían usado Bingo y Canarito el día anterior.



Cuando asomaron sus cabecitas para observar y poder elaborar un plan acorde con la situación, lo que vieron y escucharon los dejó boquiabiertos.

—¿Le dieron comida al vampiro? —decía la voz conocida de un hombre, al cual no podían ver por encontrarse en un rincón donde la débil iluminación no alcanzaba.

—No, como nos ordenó, lleva un día sin comer —contestó el gemelo gordito—. Debe tener ganas de chuparle la sangre a un elefante.

—¿Y Mefistófeles? —continuó el hombre.

—Nuestro gavilán está listo para la competencia, señor —respondió ahora el flaco, que hizo un gesto de defensa ante la rabia contenida de su hermano al oírlo hablar.

—¿Qué saben de esos mocosos? —volvió a preguntar la voz.

—Nada, señor —respondió rápido el gordo y bajito para adelantarse a su hermano.

—Escuchen bien —rugió el hombre desde las sombras—. He gastado mucho dinero en esta operación, soporté estar entre niños majaderos para facilitar la captura de esta chiquilla y ahora voy a ser el juez principal. En fin, si algo falla, ¡les juro que ustedes

serán la comida de ese monstruo!

—¡El inspector Gallo! —balbuceó Pato escondiéndose, cerrando sus ojos y pegando todo su cuerpo contra la pared de la caverna.

—¡Increíble! —lo secundó Canarito moviendo su cabeza como un péndulo.

—¡Yoyo melo ima giginé! —susurró Bingo en tono de broma, pero los niños ni caso le hicieron.

—¡Por eso secuestró a nuestro inspector! —habló Pato como para él.

—¡Claro! —respondió su amigo, también muy bajito—. Por eso llamó a Cata ese día con la excusa de regañarla a esa hora, cuando todos se habían ido del colegio.

—¡Y después sustituir también a Albatros en la competencia! ¡El plan era perfecto! —siguió pensando Pato en voz no muy alta.

—Con eso y la carta bajo la manga del terrible vampiro... ¡Así cualquiera gana!

—¡Lo astuto que fue al sacarme toda la información en aquel banco frente a la COCA! —añadió Pato—. ¡Y la actuación que hizo al salvarme de los gemelos!

—Bueno, ¿pero qué hacemos?

—Nada, seguimos vigilando hasta esperar el momento preciso para actuar —dijo Pato.

Con más miedo por la sorpresa y, por tanto, con más precaución, volvieron a asomarse al salón de la cueva de al lado.

Vieron a Gallo saliendo con el vestuario y los aditamentos requeridos para su función de juez.

—¡Tú! —dijo señalando al gordo—. ¡Ve a buscar al monstruo y escóndelo cerca de mí, por si hace falta usarlo! ¡Después, preséntate en la competencia con Mefistófeles y hazlo con toda naturalidad! ¿De acuerdo?

—¡Sí, señor! —respondió el bajito.

—¡Y tú! —le tocó ahora al alto—. ¡Te quedas aquí vigilando a estos dos! ¡No quiero que se te escapen a última hora! ¿Entendido?

—¡Sí, señor! ¡No se preocupe! —respondió el flaco, palpándose las llaves en el pantalón.

—¡La otra copia de la llave la tengo yo! —le informó el gordo.

—¡No hace falta que él la tenga, jefe!

—¡Cállate! —le gritó el hermano saltando para pegarle por la cabeza—. No puedes...

—¡Basta! ¡A trabajar! —ordenó Gallo y partió hacia la competencia.

—¡Sí, señor! —dijo el gordito cortando

la pelea, y salió apurado también hacia la Cueva Negra.

El flaco quedó solo con sus rehenes y enseguida tomó una actitud prepotente, paseándose por delante de la jaula de los prisioneros.

—Creo que ahora es el momento, Pato —le dijo Canarito a su amigo.

—Sí, ¿cómo hacemos?

—¡Fácil! Tú, desde aquí, lo paralizas. Yo entro, agarro las llaves de la celda, cargo a Cata y la libero. Después, tú...

—¡Espérate! ¡Espérate un segundo! —lo inrerrumpió Pato, pero siempre en susurro—. ¿Por qué tienes tú que salvarla, cargarla y todo eso? ¿Por qué no puedo ser yo?

—Oo yoyo —bromeó Bingo.

—¡Porque a mí siempre me ha gustado y porque ayer, cuando me miró, me di cuenta de que yo le gusto también!

—¡Ese argumento no sirve, porque yo también he estado enamorado de ella desde hace mucho tiempo! ¡Y si ella te miró así ayer fue porque pensó que la salvarías! ¡Por tanto, hasta a Perico, si lo hubiera visto, lo habría mirado igual!

—¡Lo que te pasa es que estás envidioso y celoso!

—¡Yo diría lo mismo de ti!

Se dieron las espaldas al mismo tiempo. A ambos se les habían hinchado las venas del cuello, se habían puesto muy colorados y resoplaban con fuerza.

Después de un minuto que parecieron horas, el que habló fue Bingo, rompiendo el tenso silencio.

—¿Yy? ¿Ir nonos en ton ton cesces?

Aunque no estaban dispuestos a ceder, se dieron cuenta de que no debían perder más tiempo y actuar, si querían ver libres a los prisioneros y desenmascarar a Gallo.

—Tenemos que decidirnos —aflojó Canarito.

—Sí, pero con la condición de que los dos entremos y la salvemos.

—¿Y después? ¿Te quitarás del medio o seguiremos peleando?

—¿Después? ¡Que gane el mejor! —exclamó Pato, pero titubeando más tarde—. O que sea ella la que decida.

—¡De acuerdo! ¡Vamos, paraliza! —y Canarito salió disparado hacia la cueva de al lado.

Al verlo llegar, el flaco puso cara de asombro, la niña pegó un grito y Albatros dio un brinco.

Pato se asomó de cuerpo entero y entonces cerró rápidamente los ojos, apretó los labios, aguantó la respiración, chasqueó los dedos y... ¡Prácata! ¡No hizo efecto! ¡Todos los presentes siguieron en movimiento!

El flaco reaccionó y estallando de ira se lanzó hacia Canarito para atraparlo.

—¡Corre! —le gritó Pato a su amigo, emprendiendo él también la huida por la cueva de la izquierda.

Canarito continuó caminando hacia la jaula unos segundos, pero al darse cuenta de que no había funcionado el don y que el gemelo alto venía hacia él, giró sobre sus talones con un ágil movimiento, evitando por milímetros los brazos del flaco, que se había lanzado de cabeza para atraparlo.

—¡Al itas, papa raque tete quie roro!

Y Bingo voló detrás de los niños a toda velocidad.

El gemelo se incorporó raudo y comenzó a perseguir a los niños por la cueva aledaña.

Canarito y Pato, siempre con Bingo detrás, salieron al exterior y, al ver la persecución del flaco, entraron por la cueva derecha.

El hombre, unos metros más atrás, mantenía la distancia. Pasaron entonces a la de la izquierda, después a la de la derecha, a

continuación de nuevo a la de la izquierda y así, de una a otra, dieron cuatro vueltas seguidas. De repente, al pasar corriendo por delante de la jaula donde se encontraban los rehenes, los que estuvieron dándoles ánimos en cada vuelta, cual público fanático en un estadio, Canarito tomó del brazo a su amigo y lo llevó hasta un oscuro rincón. Acto seguido, se viró y le dijo a Bingo, en su jerigonza para que no lo entendiera su perseguidor:

—¡Sisi guetutú!

El pájaro comprendió enseguida y continuó volando hasta la otra cueva con el alto y flaco detrás, pensando éste que perseguía al grupo completo, y así se mantuvieron dando otras vueltas.

Después de aplacar la sofocación, pero no su miedo y nerviosismo, Canarito le puso las manos en los hombros a su amigo.

—Creo que debemos cambiar nuestros intereses.

—No entiendo.

—Sí, mira, estuve pensando y creo que no vale la pena pelearnos por nada. Si quieres conquistar a Cata, hazlo. Yo me retiro.

Pato, entonces, comprendió la actitud de su amigo y sintió vergüenza. ¡Tenía toda la razón!

—No, Canarito, soy yo quien me olvidaré de Cata. Incluso te ayudaré a conquistarla.

—¡No! ¡A mí se me ocurrió primero! ¡Tú te quedas con ella!

—¡No, tú!

—¡No, tú!

Ambos, a pesar de la complicada situación, soltaron una carcajada. Les dio gracia estar peleados por algo y ahora pelearse por lo contrario.

—¿Amigos?

—¡Amigos!

Y chocaron sus palmas de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba, toparon sus puños cerrados y terminaron con sus manos derechas bien apretadas, golpeándose el pecho de cada uno. En ese momento escucharon el chillido de Bingo y los pasos del flaco entrando en la cueva en su eterno recorrido.

—Creo que lo debes intentar —dijo Canarito.

—Pues ahí va —respondió su amigo girándose hacia los recién llegados.

Entonces cerró rápidamente los ojos, apretó los labios, aguantó la respiración, chasqueó los dedos y... ¡Prácata! ¡Ahora sí! ¡Todos paralizados! ¡Hasta Bingo en pleno vuelo!

—¡Funcionó! —gritó Canarito.

—Sí, ¿pero ahora cómo hacemos?

—Se me ocurre esto, ¡sígueme y ayúdame!

Tomaron la llave del bolsillo del pantalón del alto flaco y abrieron la jaula. Entre los dos cargaron a Cata y la sacaron. Después, al inspector Albatros, que estaba como si fuera una estatua, lo acostaron en el suelo sobre un saco de tela que encontraron en un rincón y lo arrastraron afuera. Por supuesto, lo pudieron hacer porque el hombre era viejo, delgado y chico. Pero cuando intentaron hacer lo mismo con el gemelo alto y flaco para meterlo en la jaula, la cosa se complicó.

—¿Qué hacemos ahora? ¡No se me ocurre nada! —se lamentó Canarito.

—A mí sí —le contestó su amigo—. ¡Sígueme y ayúdame!

Pato había visto una pequeña red en el mismo rincón donde hallaron el saco y se la echó por encima al hombre. Acto seguido buscaron una soga, se la amarraron al cuerpo del gemelo por una punta y estiraron el otro cabo hasta situarse ellos dentro de la jaula.

Canarito realizó los movimientos de costumbre y... ¡Prácata! ¡Todos en movimiento!

Cata y el inspector boquiabiertos por verse libres, Bingo girando en el aire al ver lo que sucedía y el alto y flaco haciendo esfuerzos con sus brazos para soltarse de la red. En ese momento, los dos niños halaron con todas sus fuerzas y el hombre fue empujado en dirección a la jaula. Como no podía preocuparse por el empujón, ya que su interés era liberarse de la red, no hizo nada al respecto y poco a poco fue avanzando hacia la jaula. Pero no bien pasó por la entrada, se dio cuenta de la situación y se aferró a los barrotes de la misma, sin importarle ya la malla que lo envolvía. Entonces, se lanzó hacia los niños con una tan terrible expresión de maldad y odio, que éstos se pusieron a temblar de sólo mirarlo. El gemelo había pensado que si él los retenía dentro, podría salir de la jaula sin problemas.

Pero no contó la rápida reacción de Pato. Éste cerró los ojos, apretó los labios, aguantó la respiración, chasqueó los dedos y... ¡Prácata! ¡Todos congelados otra vez!

—¡Mi madre! ¡De la que nos salvamos!

—¡Sí, señor! ¡De los ojos de ese tipo salían puñales!

—¿Y ahora? —preguntó Pato.

—Ahora a salir de aquí cómodamente y a encerrar a este criminal.

Cuando terminaron de hacerlo todo, Canarito repitió los pasos del ritual de siempre y... ¡Prácata! ¡A moverse todo el mundo!

Cata y el inspector se les abalanzaron para agradecer y para enterarse de lo que había sucedido. Para ellos todo había sido muy confuso. Bingo gritaba de alegría y se puso a jugar con las aves disecadas. El flaco continuó intentando soltarse de la red, repartiendo maldiciones a diestra y siniestra.

—No comprendo nada —dijo el inspector—. Recuerdo que estábamos dentro de la jaula y de pronto fuera. Luego, veo a ese desalmado envuelto y lo arrastran hacia adentro. De repente, lo veo lanzarse hacia ustedes y finalmente aparezco aquí afuera, mientras ustedes tranquilamente pasan la llave de la

jaula. Es como si me hubiera desvanecido varias veces, perdiéndome algunas acciones.

—Es... es probable que usted esté muy conmocionado, inspector —trató de explicar Pato.

—A mí no me importa cómo lo hicieron —habló la niña—. Lo que me interesa es agradecerles a los dos.

Y se acercó para darle un beso en la mejilla a cada uno. Los niños se quedaron inmóviles y pálidos. No sabían cómo reaccionar, un fuerte rojo cubrió sus rostros. Se miraron entre sí y recordaron sus promesas, por lo que nada dijeron y cada uno por su cuenta se puso a ordenar y limpiar, como si eso fuera lo más urgente.

La niña comprendió la situación, también se sonrojó y no pudo aguantar una sonrisa. El inspector movió la cabeza, hizo un gesto con la boca de «para qué preocuparse por esas cosas de muchachos», y preguntó:

—¿Ustedes saben si se suspendió la competencia?

—¡La competencia! —saltó Pato.

—¡Verdad que sí! —lo secundó su amigo—. ¡Hay que ir para allá y desenmasca...!

—¡Desenmascarar a ese tipo! —lo ayudó Cata.

—¡Exacto! ¡Gracias!

—¡Sí, vamos! —se apuró en salir el inspector.

—¡Un momento! —lo detuvo Pato—. ¿Y si lo descubrimos delante de todos y el hombre saca un arma y el gordo lo apoya con otra?

—Tienes razón —dijo Cata.

—¡Ya sé lo que haremos! —exclamó Canarito—. Tú, Pato, vas con el inspector Albatros donde tu tío Pelícano, el prefecto de policía, y así te creerá. Entonces van enseguida y los toman presos.

—¿Y tú y Cata qué harán? —dijo con suspicacia Pato.

—Nosotros iremos a la competencia para que el señor Águila esté tranquilo y allí los esperamos a ustedes.

—¿Seguro?

—¡Claro que sí, Pato! Recuerda lo que hablamos. ¡Tienes que confiar en mí! —y hablándole al oído—: ¡Yo no me interpondré entre ustedes!

—Disculpa, Canarito. Tienes razón —el niño volvió a sentir vergüenza de su actitud. Y siguió susurrando—: Yo debo hasta alegrarme si pasa algo ahora entre ustedes.

—¿Entonces? ¿Amigos?

—¡Amigos!

Y chocaron sus palmas de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba, toparon sus puños cerrados y terminaron con sus manos derechas bien apretadas, golpeándose el pecho de cada uno.

Bingo, enseguida, voló hacia ellos y comenzó a hacer lo mismo con sus alas.

Salieron de la cueva hacia la competencia sin hablar, pensando en lo sucedido y en cómo se resolverían las cosas, incluyendo en cómo se iban a enfrentar al terrible vampiro de la Cueva Negra. Todos, hasta el inspector y Bingo, sintieron cómo el terror se apoderaba de sus mentes.

Iban tan ensimismados que ni cuenta se dieron cuando se dejaron de escuchar los improperios, maldiciones y promesas de venganza del gemelo encerrado.

Llegó la hora de la competencia

El estadio de fútbol de Montebello ya estaba repleto. Desde horas muy tempranas, todos los habitantes de la ciudad y muchos venidos de poblaciones cercanas se habían movilizado hacia la instalación deportiva, con capacidad para unas 60.000 personas, deseosos de participar y disfrutar del evento que le había dado connotación internacional al pueblo. Claro, con excepción de Javier Águila y el profesor Perico Iriguyen, ninguno de los asistentes sospechaba siquiera los acontecimientos que venían desarrollándose con relación a la competencia, ni el peligro a que se hallaban expuestos debido a los siniestros personajes que estaban dispuestos a cualquier atrocidad con tal de alcanzar sus propósitos.

A las diez en punto se escucharon las notas del himno nacional y el presidente de la COCA pronunció su acostumbrado discurso inaugural. A continuación, leyó la lista

oficial de participantes, a quienes dio la bienvenida y deseó suerte.

Así, Águila y Perico conocieron de la inscripción a última hora del gavilán llamado Mefistófeles y, cuando vieron que el gemelo gordito era su entrenador, comprendieron más claramente las razones por las que se habían cometido tantas villanías para evitar que Centella compitiera.

Esa misma mañana muy temprano, antes de que el papá de Cata y el doctor Perico se trasladaran al estadio, Águila había recibido una amenazante llamada en la que una voz desconocida le advertía que no se le ocurriera presentarse con Centella en la línea de salida si quería volver a ver a su hija.

A la ceremonia oficial le siguieron las competencias de habilidades, en las que la pareja de Hipólito Pico Verde y Estela Pata de Gallina se llevaron el premio en el Baile de los Gansos, en tanto Ricardito Poca Pluma se mostraba sumamente veloz repartiendo cartas para ganar la Carrera de la Paloma Mensajera.

Cumplida esta primera parte, se procedió a crear las condiciones para el plato fuerte de la jornada, y los competidores se fueron acercando con sus aves a la línea de partida. Entre otros, allí estaban La Urraca

tratando de mantener despierto a su búho Ataúd, el papá de Mario Pechuga de Pollo con su cuervo Azabache, el primo de Esteban Cresta con su mirlo Escarlata y, por supuesto, el gemelo gordito con su impresionante gavilán Mefistófeles.

En cuanto al escenario de la competencia, fueron retirados los arcos de ambos lados de la cancha y sobre el verde tapiz rectangular de juego estaban marcadas unas doce carrileras, suficientes para que sobre ellas se desplazaran las aves inscritas.

Las reglas eran sencillas. En un extremo de la cancha y ante cada carrilera, estaban situadas sendas perchas numeradas sobre las que se situaban las aves participantes; mientras que en el otro extremo del campo, también en cada carrilera, se habían clavado unos postes con vistosos colores. A una voz del juez principal, el oficial encargado de la arrancada hacía que un ruiseñor, previamente entrenado para ello, emitiera un sonoro trino que era la señal de partida. Ese era el momento en que los entrenadores ordenaban salir a sus aves, las cuales debían desplazarse a todo lo largo de sus correspondientes carrileras, llegar al otro extremo de la cancha, darle la vuelta al poste y regresar a las perchas de partida, todo

ello sin salirse de sus carriles, pues de hacerlo quedaban automáticamente descalificadas. Por supuesto, el ave que primero posara sus patas sobre su percha era la ganadora.

La preocupación y el nerviosismo se hicieron presa de Águila cuando vio que Gallo, el juez principal de la competencia, se aproximaba también a la línea de partida, seguido del juez de arrancada que llevaba en una jaula al ruiseñor.

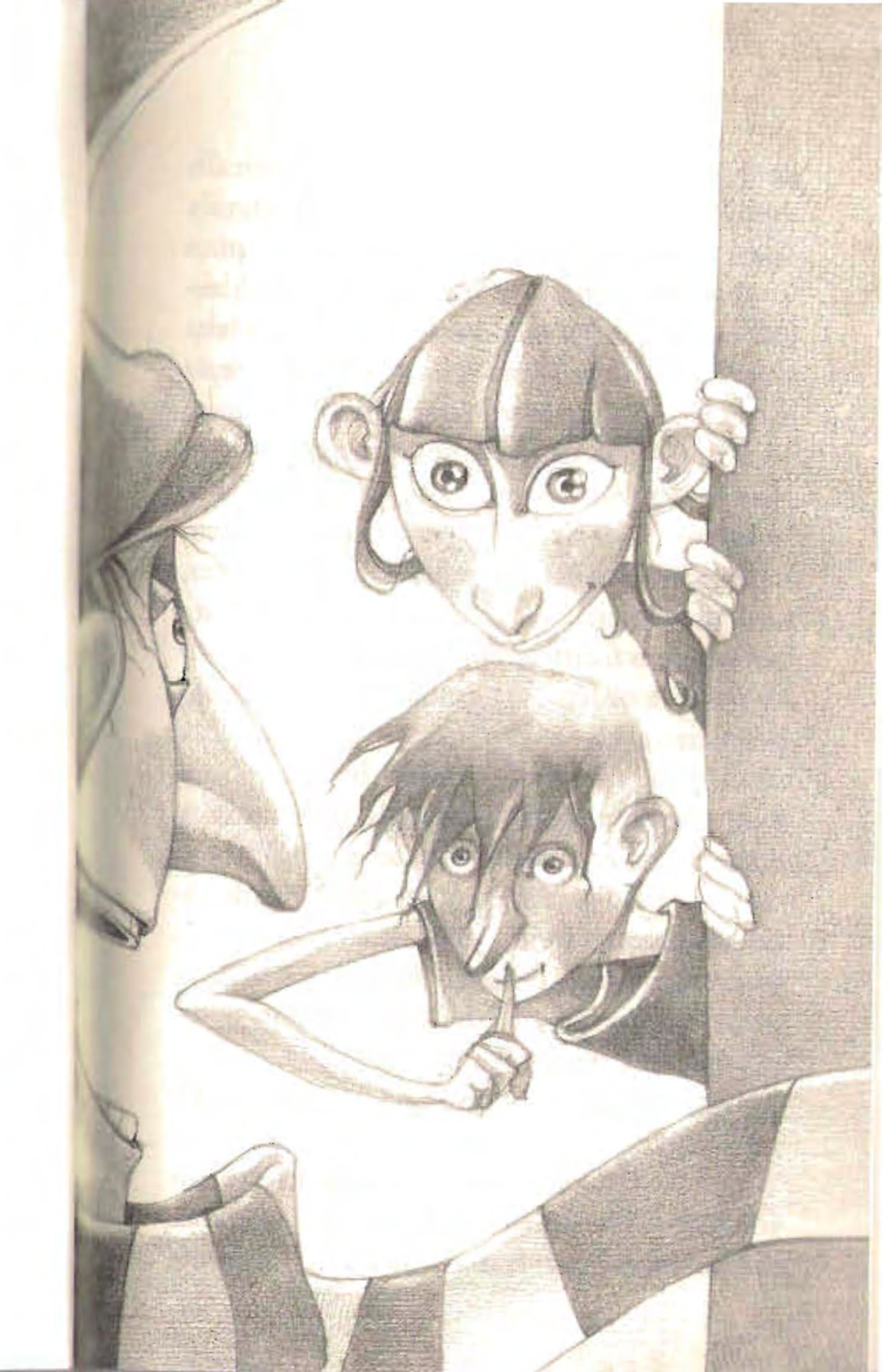
Perico, también nervioso, miró al papá de Cata y le preguntó con ansiedad:

—¿Qué hacemos? ¡Ya van a llamar a los competidores a la línea de partida!

—Vaya usted, profesor, y ocupe su puesto con su cacatúa. Yo no puedo hacer nada hasta saber que mi hija no corre peligro —respondió Águila con desaliento.

Perico titubeó un instante, pero como no había otra cosa que hacer, hizo lo que le indicara el atribulado criador, que estaba a punto de perder el paciente y sistemático trabajo que había dedicado durante muchos meses al entrenamiento de Centella para esta competencia.

Águila, con la tristeza en sus ojos, vio alejarse al profesor con su cacatúa Julieta hacia la línea de partida y perdió toda esperanza de poder hacerlo él.



Fue entonces que escuchó un «¡phisss!» que se repitió con insistencia. Águila miró a todas partes y no vio a nadie, pero cuando el «¡phisss!» se volvió a escuchar, descubrió la cabeza de Canarito que asomaba sonriente detrás de una columna de la gradería y su corazón dio un vuelco cuando el niño se retiró para que Cata pudiera asomarse.

Águila hizo un amago de correr a abrazar y besar a su hija, pero Canarito volvió a asomar y le hizo señas de que no lo hiciera, sino que corriera a presentarse en la línea de partida con Centella, pues ya estaba a punto de darse la orden para que se iniciara la competencia.

De modo que el papá de Cata, ahora feliz por saber que su adorada hija estaba a salvo, tomó la jaula de Centella y bajó a todo correr las escaleras que lo llevaban desde las gradas al terreno, para llegar justo en el instante en que Gallo, en su carácter de juez principal, preguntaba a los entrenadores:

—¿Están todos listos?

—¡Un momento, que falto yo! —gritó Águila.

Gallo se volvió y su rostro se tornó sombrío al darse cuenta de quién había pronunciado esa frase y que ya sacaba a

Centella de su jaula para colocarlo sobre la percha que le correspondía. En tanto, Perico esbozó una sonrisa, porque sabía lo que significaba la presencia de Águila y su halcón campeón en la competencia, aunque eso también significara que su cacatúa Julieta no tuviera la menor oportunidad de resultar triunfadora.

Luego, el falso inspector y juez sustituto lanzó una mirada terrible al gemelo gordito, quien se estremeció de terror al comprender lo que querían decir aquellos ojos chispeantes, pero sólo atinó a encogerse de hombros y poner cara de «yo no sé qué pudo haber pasado».

Seguidamente, y con el pretexto de hacer una nueva revisión a cada una de las aves en competencia, Gallo aprovechó cuando revisó al gavilán Mefistófeles para ordenarle en voz baja al gemelo gordo:

—¡En cuanto se dé la arrancada, vas y sueltas al vampiro contra Centella!

—Pero... —fue a replicar el gordito.

Gallo no lo dejó, pues lo miró con fiereza y masculló con los dientes rechinándole de tan apretados:

—¡Haz lo que te ordeno, imbécil!

Unos minutos después todo estaba listo para que se dejara oír el trino de arrancada.

En la carrilera número 1 se hallaba el cuervo Azabache del papá de Mario Pechuga de Pollo, en la 2 la cacatúa Julieta de Perico, la 3 estaba ocupada por el mirlo Escarlata del primo de Esteban Cresta, en la 4 se alistaba una paloma mensajera procedente de un pueblo cercano, en la 5 el búho Ataúd daba cabezazos y La Urraca le tiraba las plumas de la cola en un vano intento por mantenerlo despierto, la 6 pertenecía a un guacamayo de vistoso plumaje traído desde la capital, en la 7 se encontraba el campeón de campeones Centella, en la 8 un joven milano de muy buen porte representando a otra provincia, en la 9 el gavilán Mefistófeles presentado por el gemelo gordo y en la 10 una esbelta garza blanca también de provincias, en tanto las otras dos restantes carrileras estaban desiertas.

A la señal de Gallo, el juez de arrancada impartió la orden para que el ruiseñor lanzara el trino de salida, y al instante todas las aves en competencia levantaron vuelo desde sus respectivas perchas. Bueno, todas no, porque Ataúd se había quedado profundamente dormido, sin que los tirones de cola y los gritos frenéticos de La Urraca lograran hacer que despertara.

Por su parte, en cuanto las aves partieron, el gemelo gordo corrió hacia el sitio oculto, pero cercano, donde tenía la caja que guardaba al temible vampiro. La abrió y el repulsivo animal, a quien habían mantenido muchas horas sin alimentase, mostró sus colmillos en señal de que estaba sediento de sangre.

—¡Vuela! —le ordenó el gemelo gordo y el peludo monstruo salió de su caja, extendió sus grandes alas membranosas como desentumeciéndose, y alzó el vuelo. En ese instante, su entrenador le ordenó, señalándole a Centella—: ¡¡Mata!!

Desde lo alto de las gradas del estadio, donde se habían mantenido ocultos sin perder de vista a Gallo ni a su secuaz, Canarito y Cata vieron aterrados lo que acababa de hacer el gemelo gordo y se desesperaron.

—¡Ese sinvergüenza le ordenó al vampiro que atacara a Centella! —comprendió el niño.

—¿Qué podemos hacer, Canarito? —exclamó Cata asustada, y se aferró al brazo de su compañero.

—¡No se me ocurre nada! —respondió él con impotencia.

—¡A misí ocu currir seme al gogo! —sonó la cascada voz de Bingo.

Y ante las miradas estupefactas de los niños, el loro levantó vuelo desde el hombro de Canarito y enfiló al encuentro con el vampiro.

—¡Estás loco, Bingo Silva! —le gritó el niño muy asustado—. ¡Regresa!

—¡Por Dios, Canarito, le van a chupar la sangre! —gimió Cata, y se volvió a aferrar al brazo de su compañero.

Pero ya Bingo Silva no podía escucharlos, o no quiso hacerlo, porque voló resueltamente para interceptar al vampiro en vuelo.

Entre tanto, los numerosos espectadores que atestaban el estadio de fútbol de Montebello se habían percatado de la presencia de un nuevo animal en el aire, pero como no podían reconocerlo a distancia ni sospechar que se trataba de un vampiro, pensaron que era un ave inscrita que no había llegado a tiempo, lo que les hizo lanzar distintas exclamaciones de sorpresa y de burla:

—¡Mira qué pájaro negro más grande y feo! —señaló un muchacho.

—¡Parece que se le fue el autobús y no pudo llegar a tiempo! —comentó una señora con una sonrisita.

—¡Pero tiene espíritu deportivo, porque aun así va en pos de las demás aves que

están en competencia! —señaló un caballero de bigote.

Para entonces, las aves participantes en la competencia ya habían llegado al otro extremo de la cancha y, como se esperaba, Centella era el primero en darle la vuelta a su poste para emprender el vuelo de regreso a su percha.

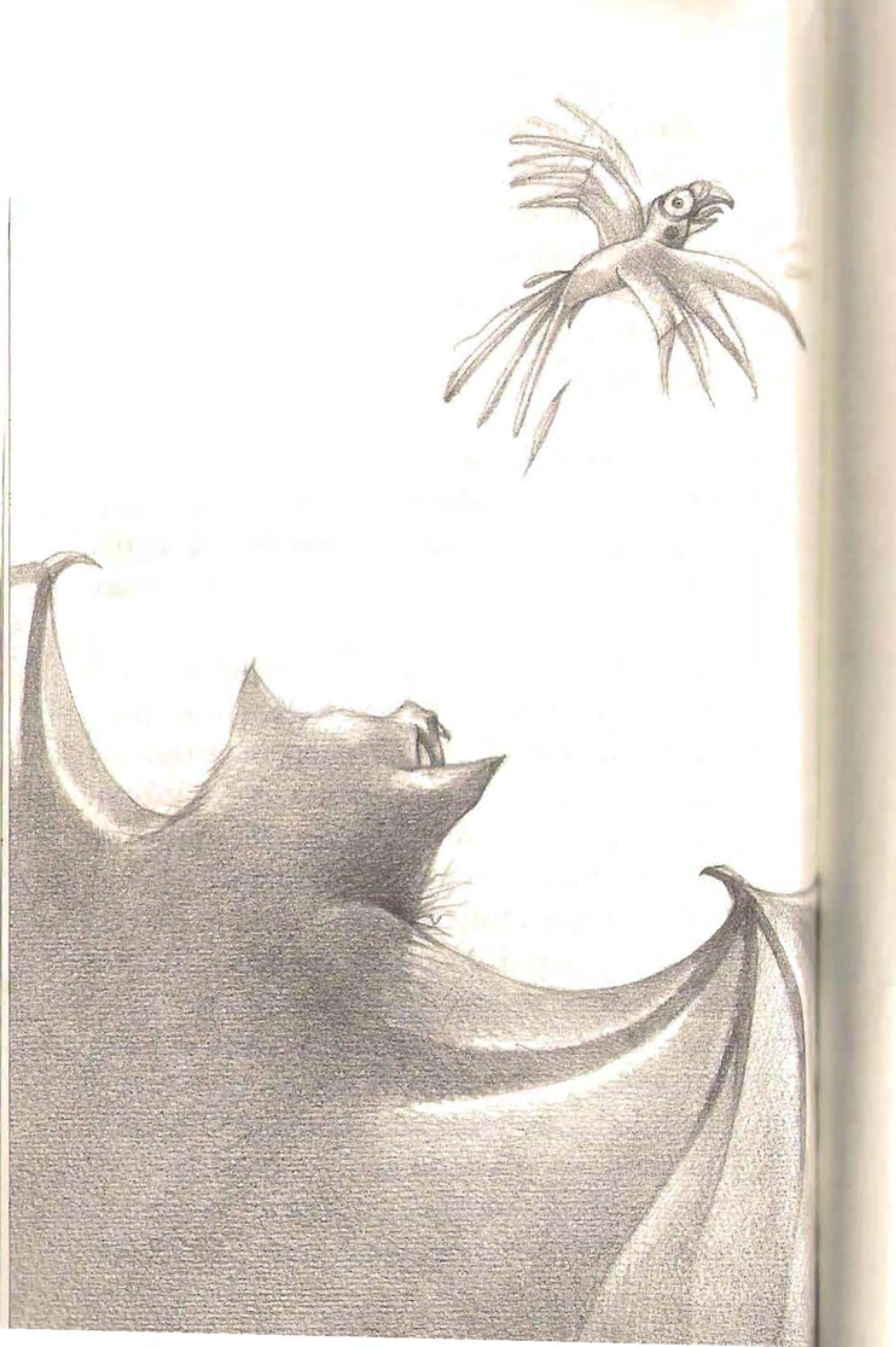
Fue en ese momento que el halcón peregrino de Águila vio la sombra negra que se le encimaba y emitió un chillido, al tiempo que hacía una ágil pirueta en el aire para evitar el ataque del vampiro. Eso le hizo perder impulso, lo que aprovechó Mefistófeles, el gavilán entrenado por el gemelo gordo, para emparejársele en su vuelo hacia la meta.

El monstruo chupasangre realizó un rápido giro y volvió sobre su presa, pero ya Bingo Silva estaba próximo y le gritó:

—¡Al toto! ¡Al toto!

Como el vampiro no entendió, en vez de detener su vuelo, lo que hizo fue cambiar de dirección y se abalanzó sobre el loro, quien, literalmente, frenó en seco en el aire y emprendió la huida, desviando la atención del monstruo hacia su presa original.

Desde las gradas, Canarito muy alterado le gritaba al loro que buscara protección



entre las columnas metálicas que sostenían el techo del estadio, pero Bingo no podía escucharlo por la algarabía de la asombrada concurrencia que, sin darse cuenta aún de que era un vampiro quien atacara a Centella y ahora perseguía al loro, gritaba entusiasmada por el espectáculo extra que estaba presenciando.

También los entrenadores de las aves que competían se habían percatado de lo que acontecía, por lo que el profesor Perico, al ver que ahora era Bingo el perseguido por el vampiro, abandonó su sitio junto a la percha adonde debía regresar su cacatúa Julieta, para correr como un loco por todo el campo según la dirección que tomaran en el aire perseguido y perseguidor.

El vampiro ya casi alcanzaba a Bingo.

—¡Alal totó!... ¡Toal toal! —vociferaba el loro sin parar, cada vez más nervioso—. ¡Taol taol!... ¡Lato lato!... ¡Lota lota!... ¡Olta olta!... ¡Stop stop!

Y cuando el enorme vampiro abría su boca sacando sus descomunales colmillos para introducirlos como puñales en el cuello del loro, Bingo hizo un esfuerzo y pudo articular la orden salvadora:

—¡¡Alto, alto!!... ¡¡Vuelve!!

Ante la sorpresa del falso inspector Gallo y de su secuaz, el gemelo gordo, el chupasangre cambió de dirección y fue a meterse en la caja de donde había salido.

En el mismo instante en que el loro neutralizaba al vampiro, Centella llegaba una vez más primero a su percha, seguido muy de cerca por el cuervo Azabache, que en los últimos metros había conseguido sobrepasar al gavilán Mefistófeles, que entró tercero. Luego, le siguieron en orden la cacatúa Julieta, la paloma mensajera, el milano, el mirlo, la garza blanca y el guacamayo, mientras el búho de La Urraca roncaba ruidosamente sin haber salido nunca de su percha.

No pasó mucho tiempo para que, avisada por Pato y el inspector Albatros, llegara la policía al estadio antes de que Gallo pudiera escaparse, siendo apresado e incautada la caja donde estaba encerrado el vampiro.

—¡Pensamos que no llegarían a tiempo! —exclamó Canarito, y le dio un abrazo a su amigo.

—¿Pero quién ganó la competencia? —quiso saber Pato.

—¿Quién crees tú? —se abrió la boca de Canarito en una amplia sonrisa e hizo una seña con su barbilla para que se volviera y

mirara a Águila, quien se acercaba al grupo abrazado a su hija Cata, jubiloso por haberla recuperado y por haber ganado la competencia.

—¿Y qué será de ese monstruo? —quiso saber Pato, señalando al auto donde se llevaban al vampiro.

—Pienso ir a la policía para que me lo den —dijo Perico llegando al grupo—. Creo que lo estudiaré para ver lo que le hicieron. Podría ser útil.

—¡Claro! Hasta lo podría amaestrar para que trabajara como enfermero extrayendo sangre en un laboratorio —bromeó Canarito y todos rieron.

—¡Mira, ahí se llevan a ese farsante de Gallo! —indicó Albatros, cuando la policía lo introducía con las manos esposadas en un auto patrullero.

—Sí... —fue a decir Pato, pero al instante se dio cuenta y exclamó—: ¿Dónde está el gemelo gordo?

—¡Es verdad! —dijo Canarito mirando en todas direcciones—. ¡No lo veo por aquí!

—¡Tío Pelícano! ¡Tío Pelícano! —gritó Pato, yendo hasta donde se encontraba el prefecto—. ¡El gemelo gordo se escapó! ¡Seguro fue hasta la cueva donde tenían a Cata

y a Albatros para salvar a su hermano y huir!

—¡No te preocupes, yo me encargo! —dijo el tío, y se viró para ordenar a sus hombres— : ¡Vamos, síganme!

El final de los finales

Los niños saltaron y gritaron al ver partir los autos policiales en busca de los gemelos. Pero les duró poco la alegría.

—No podrán capturarlos —sentenció Perico.

—¡Pero la policía está adiestrada! —se defendió Canarito—. ¡Además, van en autos modernos!

—Mira, hijo mío, el auto no les va a servir de mucho —continuó el hombrecito—, porque después tendrán que escalar para llegar a las cuevas y ya los gemelos les llevan un buen tiempo de ventaja.

—¿Entonces se van a escapar? —se desinfló Canarito.

—¡Espérate! —lo detuvo Pato, y dirigiéndose a Perico le preguntó—: ¿Cuál es la salida más lógica desde esas cuevas? ¿Hacia dónde huirán?

—Bueno, a través de los cerros pueden

llegar a El Paso —respondió Perico, señalando con su mano hacia un punto detrás de una de las elevaciones.

—¿Al Paso? ¿Qué es eso? —volvió a preguntar el niño.

—Es un pequeño túnel, formado por dos cerritos, que sale a otro valle donde hay un río que desemboca en el mar. Creo que ese es el único camino para huir y alejarse de Montebello.

—¡Perfecto! ¡Los atraparemos! —dijo Pato—. ¿Dónde está Bingo?

—Lo tengo descansando allá atrás, sigue muy nervioso después de lo del vampiro —le explicó Perico.

—¡Pues buscaremos otra solución! —dijo Pato—. ¡Canarito, sígueme!

Con mucha seguridad y confianza en la idea de su amigo, Canarito corrió junto a él hasta llegar a la percha de partida de Ataúd, que dormía plácidamente mientras La Urraca, detrás del animal, se lamentaba aún de su fracaso.

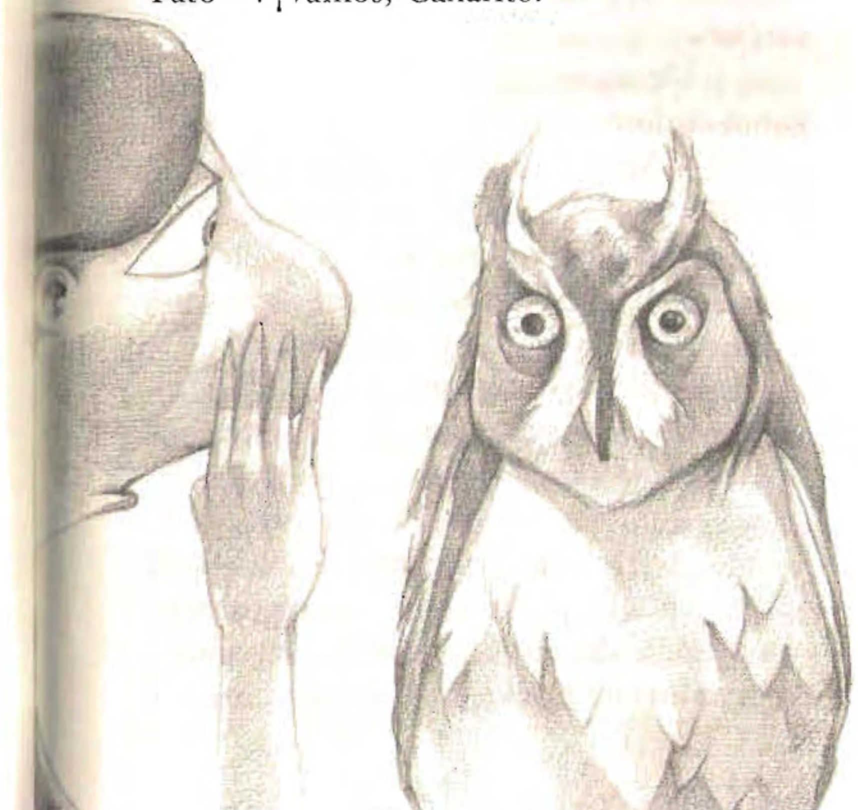
—¡Señora, por favor! —le dijo Pato—. ¡Necesitamos que nos preste un rato a su búho!

—¡Por mí no hay problema! —contestó La Urraca—. Pero dudo que este flojo, vagabundo, haragán y dormilón pajarraco quiera moverse.

Pato se acercó a Ataúd y le habló bajito al oído. De repente, el búho abrió los ojos y voló como un avión perdiéndose por encima del estadio.

—¡Por qué no me dijiste antes que tú podías hacer eso! —le gritó La Urraca a Pato, sorprendida por la repentina reacción de su ave—. ¡Hubiera ganado la competencia y yo no habría tenido que hacer tanta bulla en todos estos días!

—¡Después le explico, señora! —dijo Pato—. ¡Vamos, Canarito!



Y los niños corrieron hacia El Paso a la mayor velocidad posible, parando de vez en cuando a tomar aire. Cansados, llegaron al lugar y se parapetaron en la salida hacia el valle.

—¿Me puedes explicar ahora tu idea? —preguntó Canarito, mientras se echaba sobre una roca.

—Es muy fácil. Cuando los gemelos salgan del túnel los paralizamos.

—¿Y?

—¡Ah, no sé! Ya se nos ocurrirá algo después.

De repente, Canarito recordó y preguntó curioso:

—Ven acá, Pato, ¿qué le dijiste a Ataúd?

—Eso es una sorpresa.

—¿No me la vas a decir?

—¡No! ¡Vas a tener que esperar!

—¡Pero yo siempre...!

En ese instante los gemelos emergieron del túnel a todo correr.

—¡Ahí están! —gritó Canarito.

Pato cerró rápidamente los ojos, apretó los labios, aguantó la respiración, chasqueó los dedos y... ¡Prácata! ¡Los gemelos paralizados en un solo pie, con los brazos por

el aire, las bocas abiertas por la sofocación y empapados de sudor! Parecía la foto de dos corredores de fondo llegando a la meta casi al mismo tiempo.

—Bueno, ahora se supone que se nos ocurra algo, ¿no es así, Pato?

—Así es —respondió el niño y se sentó en una piedra, mientras giraba su cabeza varias veces para escudriñar el cielo a sus espaldas—. Podemos comenzar a lanzar ideas.

—Bien, podría ser que fuéramos a buscar la red en aquella cueva, por ejemplo.

—No, llegaría la policía antes, no entendería nada al ver estas estatuas y se pondrían a averiguar —dijo Pato—. Yo propongo que busquemos una liana en esos árboles cerca del río y nos situemos con ella estirada a la altura de sus rodillas, para cuando los pongamos a mover: ¡de cabeza para el suelo!

—No sirve. Se levantarían como si nada y los tendríamos encima en un segundo —argumentó Canarito—. Yo propongo conseguir una enorme plancha de acero inoxidable, de diez milímetros de espesor, y parársela delante de sus narices, así cuando los pongamos en movimiento, con el impulso que traen en sus carreras chocarían y se quedarían sin conocimiento.

—¡Buenísima idea, Canarito!

—¿Cómo buena idea, si fue un chiste, Pato? ¿Dónde conseguiríamos una plancha de acero así?

—¡Una plancha de acero no, pero un muro de piedras sí podemos construirlo!

Sin analizar más la propuesta, los dos amigos comenzaron a recolectar rápidamente todo tipo de piedras y troncos. Al principio avanzaron muy fácil, porque la distancia de donde las recogían hasta los gemelos congelados era muy poca, pero a medida que se elevaba el muro tuvieron que caminar con sus cargas largos trechos, alejándose río abajo. Así y todo, en menos de diez minutos construyeron una pared bastante gruesa, con la característica de ser pequeña frente al gordito y mucho más alta frente al flaco, ya que las dimensiones dependían de las alturas de los rostros de los hermanos. En medio de todo el trabajo, Pato nunca dejó de observar a cada rato el cielo a su espalda.

Agotados, se sentaron a contemplar su obra. Enronces Canarito, más perfeccionista, quiso darle el toque final y se levantó a colocarle ramitas y manojos de hierbas a la parte superior del muro, haciéndola parecer como el exterior de una humilde casita. Los amigos rieron satisfechos.

—¿Estás listo? —preguntó Canarito.

—Total y completamente listo.

—Entonces, allá voy...

El niño cerró los ojos, apretó los labios, aguantó la respiración, chasqueó los dedos y... ¡Prácata! ¡Los gemelos se pusieron en movimiento! Y, como estaba planificado, ambos estrellaron sus caras contra el muro, cayendo desmayados hacia atrás por el rebote. Para darle más espectacularidad al hecho, la pared se derribó estrepitosamente hacia el otro lado, después de oscilar unos largos segundos.

Fue tanta la tensión, que al final los niños rompieron en vítores y aplausos para terminar realizando su acostumbrado ritual de amistad con sus manos.

—¿Ahora qué hacemos? —dijo Canarito.

—Nos sentamos a esperar a la policía. Digo, si es que viene, porque parece que los delincuentes estos los despistaron y deben andar perdidos por esos cerros —le contestó Pato, mientras miraba una vez más hacia atrás.

—¿Qué pasa contigo, Pato?

—¿Por qué?

—Porque llevas una hora mirando cada minuto para allá —el niño señaló con su brazo en dirección contraria a El Paso.

—¿Yo mirando?

—¡No te hagas el loco!

—De verdad, yo...

En ese instante los dos amigos sintieron unas tenazas que los aprisionaban por sus cuellos. Eperimentaron un terrible miedo y sus rodillas temblaron.

—¡No se muevan! —escucharon a sus espaldas una voz conocida—. ¡Mira a quiénes tenemos aquí! Estoy seguro de que tuvieron algo que ver con nuestro accidente de hace un momento, ¿no es cierto?

—¡Claro que es cierto! —dijo otra voz.

—¡Cállate, imbécil! No estoy hablando contigo. Si no te pego es porque éstos se pueden escapar.

—Pero...

—¡Pero nada! Ya te dije que si te salvé fue con la condición de que no hablaras más cuando yo lo esté haciendo.

Recuperados del choque, los gemelos habían apresado a los niños y ahora los empujaban hacia una gran roca. El gordito los encañonaba con una pistola. Por eso ni pensar en chasquear los dedos y ¡Prácata!, a pesar de ser esa la única forma de salvarse, porque al ver ese movimiento el gordito podría dispararles enseguida.

—Deja a los dos conmigo, que con esto no les será fácil escaparse, y tú sube al cerrito del túnel a ver si se acerca la policía.

—¡Permiso! ¿Puedo hablar? —le preguntó el flaco a su hermano.

—Dime.

—¿Por qué no eliminamos a estos niños y continuamos corriendo hacia el mar?

—¡Ves por qué no te dejo hablar! ¡Porque eres tonto! ¡Agáchate! —y cuando el alto y flaco lo hizo, el gordito le dio con el cabo del arma en la cabeza—. ¡Estos niños nos pueden servir de rehenes si llega la policía!

—¡Qué buena idea, hermano! —dijo el alto, mientras se quitaba con la manga de la camisa el hilillo de sangre producido por el golpe de la pistola, que le corría por la frente ya machucada por el trastazo contra el muro—. ¿Ahora puedo hablarte de nuevo?

—Dale.

—Estos niños...

—¡Espérate! No sé qué imbecilidad me vas a decir, así que por si acaso... ¡agáchate!

Y cuando el alto y flaco se inclinó, recibió otro contundente cachiporrazo con la culata de la pistola que lo hizo tambalear y llevarse ambas manos a la cabeza.

—¿Qué me decías? —le preguntó su

hermano, volviendo tranquilamente a apuntar a los niños.

—Que... que por lo que me hicieron en la cueva, si no los vamos a eliminar, por lo menos podemos hacerlos sufrir para divertirnos un poco, ¿no te parece?

—¡Dios mío! ¡Por primera vez dices algo inteligente! ¡Eso merece un premio! ¡Ven acá, hermano mío!

Nada más se acercó un poco el flaco, cuando el gordito comenzó a saltar ridículamente, pegándole seguido en la cabeza con la pistola y la otra mano, hasta que lo hizo caer.

—¡Parece que tienen problemas! —habló por primera vez Pato, después de aprovechar la situación para mirar al cielo.

—¿Qué problema podemos tener? —dijo el gordo abandonando a su hermano, que continuó entre quejidos en el suelo.

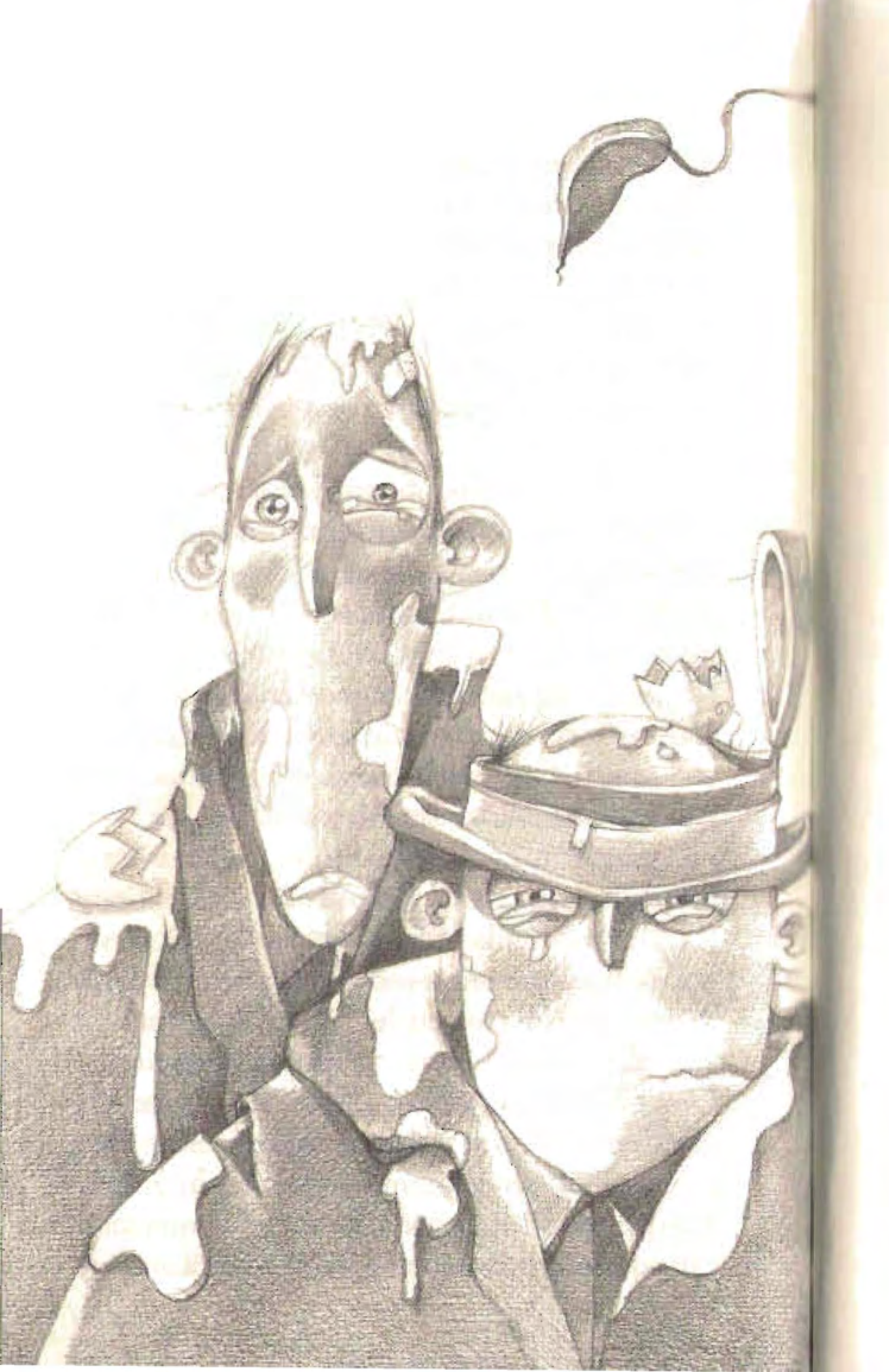
—¡Mira para allá! —contestó Pato, y dirigiéndose a su amigo—: ¡Esa es mi sorpresa, Canarito!

Cientos de mirlos, loros, pájaros carpinteros, zorzales, halcones, buitres, cóndores, colibríes, palomas y otras muchas especies aladas, se acercaban volando, formando una V con el general Ataúd a la cabeza. Era la fuerza aérea del Bosque Tupido. Por tierra,

innumerables gallinas, gallos, pavos, pavos reales, faisanes y hasta avestruces avanzaban en pelotones bien formados. Era la infantería de las aves de corral. Y por si fuera poco, en contra de la corriente del río llegaba la armada de Montebello con sus patos, gansos, flamencos, cisnes, gaviotas, pelícanos y muchas aves acuáticas más.

Los gemelos, boquiabiertos, se quedaron tiesos como si los niños los hubieran paralizado, lo que aprovechó Canarito para arrebatarle el arma al gordo y salir corriendo junto a su amigo.

Enseguida, el ejército alado pasó a la acción. Una columna de gallinas se agachó cacareando frente al enemigo, ponían huevos y se retiraban. De inmediato, las aves de rapiña llegaban en vuelo rasante, recogían los huevos con sus picos, se elevaban a gran altura y caían en picada para lanzar los proyectiles que explotaban en los rostros y en los cuerpos de los gemelos, los cuales intentaban guarecerse detrás de árboles y rocas, sin conseguirlo. Después de finalizar las gallinas, aumentaron el calibre de las bombas, ya que fueron las avestruces quienes suministraban los huevos, aunque por su volumen y peso tenían que ser cargados por más de tres aves. Ese bombardeo



fue decisivo. Los gemelos se rindieron y, espalda con espalda, con los brazos en alto, parados en medio del camino, rogaron perdón.

Pero el glorioso ejército libertador no deseaba una tan rápida capitulación. Una segunda escalada, con lanzamientos de misiles de excrementos salidos de todos los efectivos, se puso en marcha. Sin embargo, la operación fue abortada por un enérgico ulular del general Ataúd, para avisar de la llegada de la policía.

El estallido de alegría por la victoria, salido de las gargantas de todo el ejército alado, se escuchó hasta en la ciudad.

Asombrados, el tío Pelícano y sus policías tuvieron que esperar a que las aves se retiraran para poder apresar a los gemelos que, apabullados y hediondos, no opusieron resistencia.

Canarito y Pato se acercaron al búho Ataúd y sus amigos, ofreciéndoles muchas muestras de cariño y agradecimiento.

Momentos después, retornaron a la ciudad con paso rápido, a pesar del cansancio de la jornada, muy orgullosos por su valentía, al tiempo que divertidos al recordar y comentar lo sucedido.

Fueron directamente a casa de Águila y su hija Cata, para devolverle al exitoso

criador y entrenador de aves los rescatados hijos de Centella, con cualidades suficientes para ser futuros campeones y para contarles todo lo acontecido.

La ciudad todavía estaba de fiesta, celebrando la famosa Competencia de Aves. En cada barrio habían instalado kioscos con mucha comida y vino hecho de alpiste, el trago favorito de los montebellistas. En escenarios de madera, instalados en las calles, grupos vocales amenizaban la festividad con espectáculos muy típicos de la zona, consistentes en cantar temas como «La Pájara Pinta» o «Los Pollitos Dicen».

Con ese ambiente en la cuadra de la casa de Cata, los niños contaron la historia de la captura de los gemelos. Después, comieron y hasta bailaron un buen rato.

En un momento determinado, Pato y Canarito se sentaron en la acera en medio del bullicio de tantos y tantos vecinos y amigos.

De repente, Pato cerró los ojos, apretó los labios, aguantó la respiración, chasqueó los dedos y... ¡Prácata! ¡Toda la multitud paralizada! Una pareja besándose; un hombre, al cual se le había subido el vino de alpiste a la cabeza, quedó en el instante en que comenzaba una aparatosa caída; una mujer bailaba imitando a un pingüino; y Cata, del brazo de su

padre, conversaba animosamente con él, entre decenas de personas congeladas en distintas posiciones.

—Oye, Canarito, no quería comentártelo, pero no puedo quedarme callado.

—¿A qué te refieres?

—Que Cata y tú hacen una pareja muy bonita.

—¡Qué casualidad! ¡Eso mismo estaba pensando yo!

—¿Entonces, por qué no le dices algo?

—¡Lo que estaba pensando era que tú y ella hacen una linda pareja.

—En serio, Canarito. Ustedes podrían...

—¿Y por qué no puedes ser tú, Pato?

—Porque...

—¡Mira! Ya decidimos dejar eso así. Yo te propongo olvidarnos de ella como pareja y aceptarla como amiga.

—Sí, puede que tengas razón. Y si algo ocurre entre ella y alguno de nosotros, que sea cuando estemos más grandes.

—¡Claro! Que la cosa se dé sola.

—¿Tú crees que ella esté de acuerdo en ser una más de nosotros?

Ambos callaron, pensando en la posibilidad de tenerla como una íntima amiga,

mientras contemplaban los numerosos maniquíes que los rodeaban.

—Bueno, si me aceptan...

Sorprendidos, buscaron con la vista de dónde había salido aquella voz tan conocida, hasta que vieron a Cata soltarse del brazo paralizado de su padre y venir hacia ellos. Miraron a todas partes para comprobar si se había roto el encantamiento y las demás personas se ponían en movimiento también,



pero se dieron cuenta de que sólo ella lo había hecho.

Se incorporaron rápidamente y, cuando la niña llegó hasta ellos, entre alegres risas los tres chocaron sus palmas de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba, toparon sus puños cerrados y terminaron con sus manos derechas bien apretadas, golpeándose el pecho de cada uno.

PEPE PELAYO

Matanzas, Cuba (1952), nacionalizado chileno. Es escritor, comedianre, guionista, especialista en humor e ingeniero civil.
Ha obtenido varios premios en concursos internacionales por su obra literaria y gráfica. Fue fundador y director de la reconocida compañía La Seña del Humor en su país natal. Actualmente imparte charlas, cursos y talleres sobre Crecimiento Personal, Pedagogía y Motivación a la lectura a rravés del Humor.
Le han publicado una treintena de libros en Cuba, Argentina, Uruguay, Ecuador, México, España y Chile, entre los que se encuentran: *El chupacabras de Pirque* y *En las garras de Los Mataperros* (Alfaguara 2003 y 2005), en coautoría con Berán; *Ni un pelo de tonto, Draguito y el dragón, Lucía Moñitos* y *Trinos de colores* (Alfaguara 2006, 2007 y 2008), en coautoría con Alex Pelayo. Además, de sus libros *Pepito, el señor de los chistes, Pepito y sus librutas, Los teatropellos de Pepito, Los diálocos de Pepito* y *Cuentos de Ada* (Alfaguara 2002, 2004, 2007, 2008 y 2003).
Es el creador del Concurso Nacional de Humor Infantil en Chile y Uruguay, que lleva el nombre de su personaje Pepito.

JUAN MANUEL BATANCOURT (Betán)

Matanzas, Cuba (1938). Es escritor, periodista, guionista, fotógrafo y humorista. En Cuba, fue fundador de la revista humorística *Palante* donde trabaja en la actualidad.
Ha publicado libros, además de cuentos y artículos en diarios y revistas de innumerables países. También ha obtenido más de cuarenta premios nacionales y extranjeros en literatura policial y humorística, dibujo y fotografía. Es guionista de programas de radio y de historietas, manifestación artística donde ha ganado un Premio Especial de la OIP.
Publicó en Cuba el libro *Guía para tontos de capirote* (Letras Cubanas, 1982) y sus cuentos han aparecido en numerosas antologías de humor. Ha escrito nueve novelas policíacas, dos de ellas ptemiadas en el concurso nacional que anualmente convoca el Ministerio del Interior de Cuba, en tanto otras tres han sido adaptadas para la radio y una de ellas fue premiada en el Festival Nacional de la Radio 2005.
En co-autoría con Pepe Pelayo ha publicado *El chupacabras de Pirque, El secreto de la cueva negra, En las garras de los mataperros* (Alfaguara 2003, 2004 y 2005) y *La maldición del nariztócrata* (Humor Sapiens Ediciones, 2007).

ÍNDICE